COLABORACIÓN DE LAVERDE

EN

"La Ciencia Española" de Menéndez y Pelayo

Se ha hablado muchas veces del influjo que en el pensamiento y en los libros de don Marcelino Menéndez y Pelayo ejerció don Gumersindo Laverde y Ruiz de Lamadrid [1]. El propio polígrafo montañés reconoce esta influencia en el último discurso académico que leyó en su vida, el de la Real Academia de la Historia, del 26 de Marzo de 1911, contestando al de recepción de don

(1) Según una nota autógrafa de Laverde, que éste remitió a Menéndez y Pelayo y hoy se guarda en la Biblioteca que el inmortal santanderino legó a su ciudad, entre los papeles del primero, D. Gumersindo Laverde (hijo legítimo de D. Toribio Laverde y Gil Sanz, de San Vicente de la Barquera, y abogado, y de D.ª Asunción Ruiz de Lamadrid y Puertas, de Labarces), nació en Estrada, pueblecito del occidente de la Montaña, el 5 de Abril de 1835. Cursó primeras letras y latín en Nueva, lugar perteneciente al concejo de Llanes, y Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Oviedo, graduándose de bachiller en la primera facultad y de licenciado en la segunda. Parte de los estudios de esta última los hizo en las Universidades de Valladolid y Salamanca. Mucho después, en 1872, se graduó de licenciado y de doctor en Filosofía y Letras en la Universidad Central. En 1860 se instaló en Madrid desempeñando un modesto destino en la Secretaría de la Junta de Beneficencia. En 1862 ganó, por oposición, la Cátedra de Retórica en el Instituto de Lugo. Fué nombrado académico correspondiente de las Reales Academias Españolas en 1864, y de la Historia, en 1867. Desde 1870 a 1873 fué Director del Instituto de Lugo. En 1872 fué oficial tercero del Ministerio de Fomento, residiendo por esto varios años en Madrid. En 1873 hizo concurso a las Cátedras de Literatura Latina vacantes en las Universidades de Valladolid y Santiago de Compostela, consiguiendo que los respectivos consejos universitarios le propusiesen para ambas, y optando él por la primera. En 1876 permutó esta cátedra por la de Literatura General y Española de la propia Universidad; y en 1877, en virtud de permuta también, pasó a explicar esta misma Cátedra en la Universidad de Santiago.

Laverde escribió versos y estudios sobre temas variadísimos, en multitud de revistas, periódicos y folletos. Coleccionó varios de estos trabajos en un tomo que intituló *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública Españolas*, que se imprimió en Lugo, en 1868, por el editor Soto Freire.

Don Gumersindo Laverde estuvo casado con D.ª Josefa Gayoso, de Otero del Rey, en Galicia; y de su matrimonio tuvo cuatro hijos.

En 1866 fué premiado con mención honorífica por la Real Academia Española en el concurso abierto para cantar el rasgo de la Reina D.ª Isabel II cediendo a España las tres cuartas partes del patrimonio real, certamen al que acudió Laverde con una Oda.

En 1870, y en premio a sus méritos literarios, Laverde fué condecorado con una encomienda de la Real Orden de Isabel la Católica; y en 1872 con la cruz de segunda clase de María Victoria.

A estos datos autobiográficos que proporciona Laverde, yo sólo he de añadir que D. Gumersindo murió en Santiago de Compostela el 12 de octubre de 1890, después de padecer durante muchos años enfermedades dolorosísimas, estrecheces pecuniarias y hasta verdadera pobreza.

Adolfo Bonilla y San Martin: «A ese lauro (de primer historiador de la Filosofía nacional) aspiré en mi juventud, alentado por el sabio y benévolo consejo de un varón de dulce memoria y modesta fama, recto en el pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y patriotismo, purificada en el yunque del dolor hasta llegar a la perfección ascética. Llamábase este profesor don Gumersindo Laverde; escribió poco, pero muy selecto, y su nombre va unido a todos los conatos de historia de la ciencia española, y muy especialmente a los míos, que acaso sin su estímulo y dirección no se hubiesen realizado» [1].

Este influjo de Laverde en Menéndez y Pelayo alcanzó casi a la totalidad de las obras que publicó este hasta que, en 1890, murió el primero; pero, sobre todo, a los tres libros más famosos y de mayor mérito que durante esta época compuso el sabio santanderino: *La Ciencia Española, La Historia de los Heterodoxos Españoles* y *La Historia de las Ideas Estéticas en España*. Mucha luz arrojan para precisar hasta qué punto llegó la colaboración de Laverde en los libros y escritos de Menéndez y Pelayo las cartas que aquél dirigió a éste desde 1874 hasta 1890, cartas que hoy se guardan en la Biblioteca que don Marcelino dejó a Santander.

Pero entre todos los libros, estudios y discursos de Menéndez y Pelayo, en ninguno influyó tanto Laverde como en *La Ciencia Española*. Don Adolfo Bonilla afirma que en los *Ensayos críticos* de Laverde «está, en germen, *La Ciencia Española*» [2], como que «Recorriendo las páginas de los *Ensayos Críticos*, salen al paso nombres, indicaciones y proyectos, que parecerán familiares al que haya leído *La Ciencia Española*» [3].

D. Adolfo Bonilla [4] y D. Miguel Artigas [5] pusieron en claro, aprovechándose de las cartas de Laverde a Menéndez y Pelayo, mucho de lo que aquel aportó a la célebre polémica; pero la correspondencia susodicha permite precisar aún más esta coope-

(1) *Contestación del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, director de la Real Academia de la Historia, al discurso leído en el acto de su recepción por D. Adolfo Bonilla y San Martín.* Madrid, MCMXI. Págs. 25 y 26.

(2) *Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912)* Introducción al tomo IV de los *Orígenes de la Novela*. Madrid, 1915. Página 10.

(3) Loc. cit.

(4) *Marcelino Menéndez y Pelayo*. Págs. 18, 19 y 20 de la edición antes citada.

(5) *Menéndez y Pelayo* (Santander, 1927) cap. IV.

A Marcelino
Menéndez Pelayo,
con el corazón.
G. Laverde

ración; y así como es adecuado este estudio para un trabajillo independiente, no era oportuno en obras biográficas, cual las que escribieron Bonilla y Artigas. Esto es lo que voy a intentar poner en claro en las páginas siguientes: la parte que tuvo Laverde en la redacción de las *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia Española* de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

La idea de escribir sobre la ciencia española se la sugirió Laverde a Menéndez y Pelayo con la siguiente ocasión: En el número 194 de la *Revista de España*, fechado el 28 de marzo de 1876, publicó D. Gumersindo de Azcárate un artículo correspondiente al estudio *El Self-Governement y la monarquía doctrinaria* que venía insertando la revista susodicha. En el párrafo II de este artículo, y tratando de las *constituciones irreformables*, dijo Azcárate lo siguiente:

»Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la liber»tad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o »menos su peculiar genialidad en este orden, y podrá hasta dar»se el caso de que se ahogue casi por completo su actividad, »como ha sucedido en España durante tres siglos.» (1)

No pudo sufrir el patriotismo y la erudición de Laverde tan grande dislate; al punto redactó una nota, que es la célula madre de *La Ciencia Española;* y, con carta fechada en Valladolid el 7 de abril de 1876, se la envió a Menéndez y Pelayo, diciéndole: «Adjunta va una nota que a vuela pluma escribí en vista del párrafo de Azcárate citado en ella. Puede V. hacer un buen artículo y una buena obra». La nota susodicha dice lo siguiente: (2)

«En una serie de artículos que Gumersindo Azcárate está pu»blicando con el título de *El Self Governement y la Monarquía* »*doctrinaria*, hallo el siguiente párrafo (Revista de España, nú»mero 194): «Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue »la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará »más o menos su peculiar genialidad en este orden, y *podrá hasta* »*darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad,* »*como ha sucedido en España durante tres siglos*». Estos tres

(1) Pág. 14 del t. XLIX (marzo y abril) de la *Revista de España*, Madrid, 1876.

(2) Aunque Artigas transcribió esta nota, en el Cap. IV de su *Menéndez y Pelayo* (Santander 1927, Págs. 83 a 86), creo que no debo dejar de copiarla, porque es el principio y la base de *La Ciencia Española*.

»siglos—ya se sabe—para el Sr. Azcárate son el XVI, XVII y XVIII. »No puede uno leer con calma afirmaciones tan desprovistas de »fundamento, que contribuyen a generalizar creencias erróneas »respecto a nuestro pasado científico y, por ende, a retraernos »de su estudio como de cosa que, o poco o casi nada vale, cuan»do basta echar una ojeada al *índice por materias* de N. Antonio »(con ser incompleto, y dejar fuera todo el siglo XVIII y parte del »XVII) para conocer cuan grande *actividad científica* hubo entre »nosotros durante esos tres siglos. ¿De qué ciencia se trata? ¿De »la Filosofía? Pues en estos tres siglos tuvimos a Suárez, Huarte, »Vives, Cardillo, Valencia, Caramuel, Arriaga, Piquer y tantos »otros. ¿De la Teología? Si es la mar!... Cano, Suárez, Lemus, »Molina, Maluenda, los Luises, Arias Montano, etc., etc., etc. »¿Del derecho natural filosófico? Molina. *De just*ª *et jure*. Soto, »íd. Suárez. *De legibus*. García Yañez. *Encyclopedia juris*, etc., »etc. ¿Del derecho positivo? Antonio Agustín, Covarrubias, Az»pilicueta, Salgado, Ramos del Manzano, Campomanes, etc., etc. »¿De las ciencias políticas y económicas? Navarrete, Saavedra, »Moncada, Leruela, Valle de la Cerda, Mariana, Camponanes, Ce»ballos, Jovellanos... ¿De Historia y ciencias arqueológicas y fi»lológicas? Mariana, El Brocense, Zurita, N. Antonio, Mondejar, »Antonio Agustín, Ferreras, Florez, Valdeflores, etc., etc. ¿De »ciencias exactas, físicas y naturales? En esto somos más pobres, »aunque no tanto que, en orden a ellas, estuviese *casi muerta* »del todo nuestra actividad científica: Monardes, Caramuel, »Tosca, Cabanilles, Feijóo, Siliceo, Jorge Juan, Chacón, Nú»ñez, etc., etc. A cuyo propósito conviene observar que no sería »*la falta de libertad* la causa de que estas ciencias prosperasen »menos entre nosotros, puesto que, siendo las que menos se ro»zaban con la *religión* y la *política*, eran, *ipso facto*, las que ofre»cían más *libre* campo a la actividad intelectual. De seguro que »a nadie habrían molestado el Rey ni la Inquisición porque hi»ciere los descubrimientos matemáticos y físicos de Descartes, »Leibnitz, Newton, Lagrange, Gay, Lussac, etc., etc.

»El asunto, como V. ve, es de importancia y de honra nacio»nal, y ya que yo no puedo, desearía que V. empuñase la pluma »y refutase con la extensión conveniente, en forma de art.º o de »carta, el aserto infundado del buen Azcárate, (que no es una

»opinión suya tan sólo) que se conoce estar más versado en la »lectura de libros extrangeros que en la de los españoles. Con »tal motivo podría V. insistir en la necesidad de que se establez»can las cátedras que yo propuse en mi art.° *El plan de estudios »y la Historia intelectual de España*, para acabar con la vergon»zosa ignorancia en que estamos, en parte, por no saber latín, »acerca de la *actividad científica* de nuestros mayores; ignorancia »menor entre los extrangeros (¡caso raro!), donde un Kleutgen y »otros mil no cesan de citar a Suárez y a otros filósofos espa»ñoles. V. puede, como nadie, escribir dicho artículo. Mándemele »y yo cuidaré de publicarle donde más convenga.—Tiene esto »tanto mayor interés cuanto que el ataque va indirectamente »contra el catolicismo.»

Sin duda, Menéndez Pelayo contestó a Laverde que le gustaba la idea, y que se ponía a escribir; porque, en carta fechada en Valladolid el 14 de abril, decía Laverde a D. Marcelino, alentándole al trabajo:

»Su art.° contra Azcárate será bueno, porque V. conoce bien »el asunto, sabe escribir con desembarazo y podrá decir cosas »nuevas o poco conocidas sobre varios puntos, como, por ejem»plo, sobre las relaciones que median entre los varios filósofos »y escuelas. Lo que yo le mandé no era un *plan*, sino rápidas »indicaciones. Si fuera lo primero, habría hecho capítulo aparte »de la *Medicina* y de los *estudios lingüísticos* en que tanto bueno »escribieron nuestros sabios de los tres últimos siglos.»

El 14 de abril de 1876 fechó en Santander Menéndez y Pelayo la carta intitulada *Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos*, carta que dirigió a Laverde para refutar a Azcárate, y que es la primera de *La Ciencia Española*. Recibió el profesor vallisoletano la epístola; y tan complacido quedó de ella, que el 18 de abril de 1876 decía a su amigo:

».....: especial gusto he tenido con el recibo de su última y »particularmente con la lectura de su refutación del peregrino »aserto de Azcárate, erudita, perfectamente razonada, contun»dente, por lo que hoy mismo se la remito, ligeramente retocada, »a los SS. Medina y Navarro para que la publiquen en la *Revista »Europea*. Creo que ha de producir muy buen efecto.»

En verdad, no era extraño que gustara a Laverde la carta en

que Menéndez y Pelayo refutaba a Azcárate, porque, comparándola con la nota que el profesor vallisoletano envió al precocísimo joven montañés proponiéndole escribiera este trabajo, se ve con evidencia que Menéndez y Pelayo siguió fielmente el plan de Laverde, limitándose a desarrollar los puntos básicos que contenía la nota del catedrático de Valladolid [1].

Esta carta: *Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos* salió a luz por vez primera en el número 113 de la *Revista Europea*, correspondiente al 23 de abril de 1876 [1].

Sin duda, Menéndez y Pelayo escribió a Laverde al poco tiempo diciendo que pensaba tratar de los medios más adecuados para que se difundiera el conocimiento de la ciencia española, como, en efecto, lo hizo en las restantes cartas de la obra que lleva este mismo título. Laverde contestó a Menéndez alentándole en esta empresa y haciéndole indicaciones sobre la manera de llevarla a cabo; y en carta fechada en Valladolid el 28 de mayo de 1876, decía:

»Me alegro de que V. se proponga tratar cumplidamente de »los medios de renovar el conocimiento de nuestra ciencia anti»gua. En el exordio podría V. decir algo del discurso de Núñez »de Arce, como prueba de la necesidad que hay de promover »tales estudios. Recorriendo las *Memorias de la Academia Es»pañola* he visto que Cánovas, contestando a Silvela, dijo mu»chas cosas parecidas a las por V. expuestas en su primera carta; »no será malo que V. lo recuerde, porque es autoridad de peso. »Al hablar de los Benedictinos me ocurre que acaso sería bien »no limitarlos a Covadonga, sino proponerlos también para »Montserrate y el Sacro Monte (estos últimos deberían dedicarse »preferentemente a *estudios orientales*). V. verá. Ocúrreme asi»mismo la idea de publicar aparte sus *Cartas*, que, unidas a »algunos otros opúsculos, formarían un tomito curioso e intere-

(1) Esta fidelidad de Menéndez y Pelayo al desarrollar las ideas madres que exponía la nota de Laverde se vería más claramente si pusiéramos aquí la carta de D. Marcelino: *Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos*. No lo hago, sin embargo, porque sería extender excesivamente este trabajillo, y porque puede hacer el cotejo quien quiera, ya que *La Ciencia Española* es obra al alcance de todos.

(1) Páginas 830 a 339 del tomo VII de dicha *Revista*, tomo que contiene los números de marzo, abril, mayo y junio de 1876, y está editado en Madrid por don Eduardo de Medina.

»sante. Creo que Medina se prestará a ello diciéndole que V. se »dará por satisfecho con 30 o 40 ejemplares para sus amigos.»

Lo que Laverde dice sobre los benedictinos se entenderá fácilmente sabiendo que en notas y cartas anteriores había expuesto a Menéndez y Pelayo que creía convenientísimo se entregara a estos monjes el Santuario de Covadonga, dotándoles con la asignación de éste, para que, no sólo celebraran en él los actos del culto, sino que promovieran los estudios sobre la cultura española. De este proyecto se hizo eco Menéndez y Pelayo en la V epístola de *La Ciencia Española: Prosíguese el pensamiento de las cartas anteriores.*

No recogió Menéndez y Pelayo estas ideas que le sugirió Laverde en la carta II de *La Ciencia Española: De re bibliográfica*, que fechó en Santander en junio de 1876 y fué la primera que salió a luz después que recibió la indicación de Laverde; [1] y, sin duda, no lo hizo porque no tenía lugar adecuado la idea de Laverde en esta segunda carta, dedicada por completo a bibliografía; pero en la epístola inmediata, la III de *La Ciencia Española: Mr. Masson redivivo*, fechada en Santander el 2 de junio de 1876 [2], utilizó Menéndez la primera de las dos indicaciones de Laverde; y precisamente en el exordio de la carta presentó la afirmación de Núñez de Arce en su discurso de recepción en la Real Academia Española: la intolerancia española echó a perder en nuestra Patria ciencias, artes y costumbres, como un ejemplo de la necesidad de promover los estudios para dar a conocer la ciencia española aún entre los que se tenían por doctos.

D. Marcelino no dejó de la mano el asunto de la ciencia española: compuso la segunda epístola, *De re Bibliográfica*, y se la mandó a Laverde. Este acusó recibo en carta suscrita en Valladolid el 5 de mayo de 1876:

«Con tu gratísima del 1.° recibí ayer la epístola *De re biblio»gráfica*, que es excelente, en la que sólo he corregido algunas »repeticiones, y la curiosa noticia acerca de *Maria Leonarda*,

---

(1) Editose esta carta en el número 125 de la *Revista Europea*, correspondiente al 16 de junio de 1876. Tomo 8 de dicha *Revista* (segundo semestre de 1876). Madrid. Eduardo de Medina. Páginas 65-73.

(2) Publicose en el número 127 de la *Revista Europea*, fechado el 30 de junio de 1876. Páginas 132-140 del tomo VIII.

»no se si madre o hermana de D.ª Antonia Nevares Santoyo, »que también suena como poetisa en las obras de Lope de Vega».

Por entonces, 1876, D. Manuel de la Revilla, que escribió la sección intitulada *Revista Crítica*, o, como hoy diríamos, bibliográfica, en la *Revista Contemporánea*, que dirigía en Madrid D. José del Perojo, afirmó en una de esas *Revistas Críticas:* que la historia científica y filosófica de nuestra patria carece de verdadera importancia; que la filosofía española es un mito; que en la historia filosófica se podría suprimir sin gran menoscabo la parte relativa a España; y que cuantos hablaban de la filosofía española y defendían su existencia, entre los que citaba nominalmente a Laverde y Menéndez y Pelayo, eran unos ilusos.

Parece que D. Marcelino escribió a Laverde hablándole de contestar a Revilla defendiendo nuevamente la cultura hispana: porque en la misma carta del 5 de mayo de 1876 en que Laverde acusa el recibo de la epístola *De re bibliográfica*, y anuncia que «Ya está camino de Madrid la 2.ª carta» de *La Ciencia Española*, alienta a su sabio amigo a componer un trabajo dedicado exprofeso a demostrar la existencia y el mérito de la filosofía española.

«El dedicar una carta a refutar lo que dice Revilla en la *Re»vista Contemporánea*, me parece, no ya oportuno, sino de todo »punto necesario, y creo que debe ser la primera que V. escriba, »explicando, en el exordio de ella, por qué interrumpe la serie ya »comenzada sobre los medios de promover el conocimiento de »nuestro pasado científico, si bien para proseguirla luego. Será »como un paréntesis en esta serie; pero al fin y al cabo todo está »relacionado. No sé si Revilla creerá que nada significan en la »Historia de la Filosofía, Séneca, Averroes y Maymónides y la »Kábala, tan estudiados por los modernos alemanes y franceses »Renan, Munch, Franck, etc., etc. Pero tal vez diga que estos y los »demás filósofos paganos, judíos y arábigo-hispanos, no vienen a »cuento por no haber sido católicos. También excluirá a San Isi»doro por no haber sido original y haber florecido mucho antes »de que tomara vuelo el *ultramontanismo*. Tampoco concederá im»portancia a Pedro Hispano y a los infinitos que en España si»guieron las huellas de Santo Tomás y Escoto y el Nominalismo, »porque, *servum pecus*, carecieron de originalidad, no aportaron

»nada al progreso de la ciencia europea, y, en vez de influir en las »escuelas extranjeras, fueron por estas influídos. Por iguales »razones no querrá que se tomen en cuenta nuestros paripa»téticos clásicos y nuestros ramistas, (y en todas estas preterici»nes cabe indicar de paso los merecimientos de los grupos a »que se refieren). Pero de Lulio, Suárez y Vives no podrá »decir lo mismo, pues no dejaron la ciencia en el estado en que »la hallaron, presentan originalidad no escasa, y abrieron rum»bos nuevos al pensamiento filosófico, teniendo secuaces y »continuadores numerosos dentro y fuera de España, y todos »tres se movieron dentro de las vías católicas. (Y aquí viene »de molde el dar a conocer las doctrinas culminantes de cada »uno de ellos y trazar una sucinta historia de sus respectivas »*escuelas).*

Lulio.—Sus doctrinas.—Lulistas españoles hasta Canalejas. »Lulistas italianos y alemanes.—Zalzinger, su editor en Magun»cia. ¿Nada representa en la historia de la filosofía?

»*Suarez.*—Sistema completo que presenta en su Metafísica, »su Psicología, su Teodicea, su Filosofía del Derecho.—Relación »armónica entre todas estas partes de su sistema. Desde los pri»meros pasos de su Metafísica empieza a sentar las bases para »su Teodicea, (que es la de Vazquez y Molina mitigada) con las »doctrinas de la *ciencia media, el congruismo* y la *predestinación,* »en que se apartó del tomismo rígido. Desarrollo que dieron a »sus enseñanzas los Conimbricenses, Toledo, Pereiro, Henao, »Rodrigo de Arriaga y otros muchos jesuítas peninsulares y ex»tranjeros, llegando hasta los contemporáneos, Cuevas, Perrone, »Liberatore, Tongiorgi y Taperelli, Kleutgen y Jungman, y los je»suítas franceses y belgas. Para sostener que Suarez no merece »ser recordado en la historia de la filosofía, sería preciso que se »probara que el proceso del pensamiento católico desde el siglo »16° nada tiene que ver con la marcha de la Filosofía europea, y »que, dentro del pensamiento católico, ha sido un mero accidente »sin maldita importancia, el pensamiento jesuítico, que, en la »línea filosófica y teológica, tan íntimamente relacionadas como »dejo dicho, no fué ni es otro que el pensamiento *suarista,* como »que por eso los jesuítas se denominaban *suaristas,* como *tomistas* »y *escotistas respectivamente* los dominicos y franciscanos. Luchas

»de los jesuítas con estas escuelas y más aún con la jansenista »en el terreno teológico y filosófico.

»*Vives.* — Sus doctrinas. — Encadenamiento sistemático que »presentan.—Su importancia como metodólogo.—Bacón y Des»cartes no hicieron más que desarrollar en sentidos exclusivos »y parciales la tendencia *vivista.* — Vivistas españoles: Melchor »Cano, Pedro de Valencia.—El vivismo se prolonga en la escuela »valenciana desde el siglo 16.° hasta fines del 18.°—Monzó, Mon»llor, Nuñez, Serverá, el Deán Martí, Mayans, Piquer y (aunque »extremeño, sobrino suyo y vivista ferviente) Forner.—El vivis»mo en otras naciones: el P. Buffier, la Escuela escocesa: su fi»liación vivista. Y ¿podrá escribirse la historia de la filosofía sin »hacer mérito de Vives y del movimiento que imprimió a la cien»cia? (Conviene consultar el opúsculo *Vindicación*, etc., de don »Ricardo Gonz. Muzquiz).

»He apuntado a la ligera estas indicaciones por si de algo »pueden servirle a V., no para que se ajuste a ellas, ni mucho »menos: valgan lo que valieren, quizá le sugieran ideas y obser»vaciones que de otro modo acaso no se le ocurrirían. No sea V. »tímido en establecer relaciones entre filósofos y filósofos a poca »probabilidad que ofrezcan. Hay que agitar los espíritus con »afirmaciones atrevidas. Es preciso dar color y figura a la *escue»la vivista,* sacándola, como quien dice, de la cantera en que está »empotrada y confundida. La *luliana* y la *suarista* tienen en la »historia contornos bien distintos y determinados.»

No desarrolló Menéndez y Pelayo este plan de Laverde en su contestación a Revilla, en la epístola *Mr. Masson redivivo,* ni dedicó expresamente toda una carta a demostrar de intento la realidad y el mérito de la filosofía española; pero, cotejando tanto el trabajo *Mr. Masson redivivo* como otros varios de los que forman *La Ciencia Española,* y sobre todo el intitulado *Mr. Masson redimuerto,* con el esquema de Laverde, se ve con evidencia que Menéndez y Pelayo aprovechó todas las ideas e indicaciones de su docto amigo en el plan, verdaderamente egregio, que acabo de transcribir.

Compuso Menéndez la epístola de refutación a Revilla, que intituló, como es sabido, *Mr. Masson redivivo:* y, como había hecho con las dos cartas anteriores, se la remitió a Laverde para

que la corrigiera y enviase después a la *Revista Europea*. Advirtió Laverde que su amigo no había seguido puntualmente el plan que le había enviado para demostrar la existencia de la filosofía española; y, con mucha delicadeza, insistió en la oportunidad de aquél, diciendo a Menéndez y Pelayo, en carta fechada en Lugo el 16 de junio de 1876:

»Mi querido amigo: ya con el pie en el estribo para venir a »esta, a donde llegué anteayer, recibí en Valladolid su muy grata »última, y con ella su tercera epístola, en que pone de chupa »de dómine al bueno de Revilla. La he revisado, haciendo ligeras »correcciones de expresión y poco más, y en cuanto me la »pongan en limpio se la mandaré a Medina. Al corregir las »pruebas, pues aquí no me será dable correr con este cuidado, »podrá V. ingerir alguna de las especies que comuniqué a V. en »mi anterior, y que tan perfectamente comprende y desarrolla en »la suya, si bien creo que el cabal desenvolvimiento de ellas ya »no será oportuno sino cuando tenga que replicar a Revilla o »cuando exponga su plan respecto a las monografías expositivo-»críticas.—La *Vindicación de Vives* por Gonz. Muzqui la venden »en Valladolid los *Hijos de Rodríguez*, grandes amigos de Boni-»lla. Siento que la premura del tiempo no me permitiese enviár-»sela a V. Lo haré cuando regrese. Respecto al Suarismo no es »especie que deba ser omitida lo que en su *Preservativo contra el »Ateismo* dice Forner de la doctrina de Vázquez, adoptada por »dicha escuela y expuesta todavía en el siglo pasado por el »P. Pons, a quien cito en mi art.° sobre el libro de Vidart, acerca »de la íntima y esencial bondad o malicia de las acciones hu-»manas antes de toda ley, como radicada en la *razón* y no en la »*voluntad* divina; doctrina importantísima como hace ver Tour-»ner y base de la filosofía moral y jurídica, de la cual parte »Taparelli (suarista también) en su *Ensayo teórico de Derecho »Natural*.—Supongo que Medina enviará a V. las pruebas de su »segunda carta, y en ellas podrá V. reparar la omisión del punto »relativo a las *Comunidades de Benedictinos* y a la *Sociedad para »el cultivo de la Historia intelectual de España*, dándoles el lu-»gar que más lógico y congruente le parezca, según el plan que »se ha propuesto.»

Ambas indicaciones, la referente a la doctrina de Vázquez y su

escuela sobre la inmoralidad intrínseca de los actos anteriormente a la ley positiva que los manda o prohibe, y la de encomendar a los Benedictinos el cultivo de la historia de la cultura intelectual española, las aprovechó Menéndez y Pelayo desarrollándolas oportunamente.

En otra carta, firmada en Lugo el 25 de junio de 1876, vuelve Laverde a tratar de las epístolas *De re bibliográfica* y *Mr. Masson redivivo;* y habla del proyecto de reunir en un tomo las cartas consabidas para formar con ellas una obra.

»A Medina envié días pasados su tercera epístola, propo»niéndole, por segunda vez, la idea de formar un libro con la se»rie de cartas que V. ha empezado y piensa llevar adelante. No »se si la aceptará. También le encargué que envíe a V. las prue»bas. Al corregir las de la *De re bibliographica* podrá V. subsa»nar dos o tres omisiones que después he advertido, a saber: »los catálogos de MSS. españoles de Londres y París, por »Gayangos y Ochoa; los Apuntes, o cosa tal, para una Bibliote»ca contemporánea, del segundo, y cuyo verdadero título puede »V. ver en el catálogo de Baudry; la *Biblioteca occidental* de »León Pinelo, y la *Biblioteca mexicana* de Eguiara (que veo ci»tadas por Muñoz Romero). Muñoz Romero cita también el »*Catálogo de la Biblioteca del Conde de Montealegre*, la *Biblio»teca de libros y obras de D. José Pellicer*, la *Biblioteca Cister»ciense* del P. Muñoz, un *Catálogo de escritores* (creo que ara»goneses) de Uztarroz, y otros índices y catálogos. *Biblioteca »general genealógica* de Salazar y Castro.»

El 3 de julio de 1876 torna Laverde a hablar, en carta fechada en Otero de Rey, de las dos epístolas *De re bibliográfica* y *Mr. Masson redivivo:*

»Mi muy querido amigo: recibo su grata del 30, y por ella veo »con gusto que llegaron a sus manos los *Ensayos* y las *Amoro»sas*, y con disgusto que Medina no le ha enviado a V. las prue»bas de la epístola *De re bibliographica*, ni da señal alguna de »haber recibido la misma y la posterior anti-revillesca. No sé qué »pensar de su silencio».

En otra carta, fechada también en Otero de Rey, el 6 de julio de 1876, se refiere de nuevo Laverde a la respuesta de Menéndez al ataque de Revilla a la ciencia hispana, y da un detalle curio-

sísimo: el de que el título que lleva la epístola *Mr. Masson redivivo,* fué ocurrencia suya, del profesor vallisoletano, que con gusto aceptó Menéndez y Pelayo.

»A la carta ante-revillesca le puse por título *Mr. Masson redi-»vivo.* V. verá si le parece bien. A tiempo está de cambiarle cuan-»do corrija las pruebas. Al lado de Denina y Forner, como refu-»tadores de Massón, debe ponerse en dicha epístola el nombre »de Cabanilles».

El 10 de julio de 1876 fechó Menéndez y Pelayo en Santander la IV carta de *La Ciencia Española: Monografías expositivo-críticas.* Laverde, en carta desde Otero del Rey del 20 de julio de 1876, dió a su egregio amigo el juicio que había formado de esta epístola, y, a la vez, que le llamó la atención sobre otra arremetida de D. Nicolás Salmerón contra la ciencia española, para que Menéndez la refutara, y para ello proporcionaba muchos datos:

»Mi muy querido amigo: recibí anteayer su gratísima carta »del 11 y con ella la 4.ª de sus epístolas literarias, relativa a las »monografías expositivo-críticas; trabajo en extremo erudito y »curioso, en el cual sólo he tenido que hacer unas cuantas adi-»ciones, que V. reformará si no van convenientemente colocadas.

. . . . . .

»Deseo que V. lea un campanudo artículo de Salmerón, que »viene en la *Revista de España* del 14 del corriente, donde se »habla de la *divina cópula* realizada en Alejandría entre el »Oriente y el Occidente, y—lo que hace más a nuestro negocio— »hay un párrafo de la misma estofa que los de Azcárate y Revi-»lla sobre la ciencia española. V. verá si cree que vale la pena »de hacerse cargo de su modo de juzgar—por datos segunda »mano—a Vives y Gómez Pereyra.

»En la Lógica de Piquer leo algunas especies que trasmito a »V. por si le parece oportuno ingerirlas en su refutación de »Revilla al corregir las pruebas. Dice que el famoso sistema del »fuego que Boerhave ilustró en su Química, se halla propuesto y »explicado con bastante claridad por Vallés en su *Philosophia »Sacra*; que el *succo nerveo* de los ingleses tuvo origen en Espa-»ña por D.ª Oliva de Sabuco; que la inteligencia de las intermi-»tentes peligrosas, que ilustraron Norton en Inglaterra y Torti

»en Italia, tuvo origen en España por Luis Mercado; que también »nació en España la nueva observación de los *pulsos* de Solano »de Luque, de cuya obra *Lapis Lydius* la aprendieron los ingle»ses y otros extangeros. (Sobre esto V. *Cartas eruditas de Fei»jóo).* Sobre Gómez Pareyra, V. mi art.° acerca del libro de »Vidart, donde se ve que hizo algo más que lo que Salmerón »supone.

. . . . . .

»Ayer recibí impresa la carta *De re bibliographica.* Sólo noét »algunas ligeras erratas.— Si las cinco o seis cartas no bastasen »para formar un tomo regular, podría este completarse con el »art.° sobre el *laverdaico,* que en tal caso corregiríamos, repa»sando las erratas con que salieron mis versos.»

Aceptó con gusto Menéndez y Pelayo, según parece desprenderse de la carta que Laverde le dirigió desde Otero de Rey el 28 de julio de 1876, la idea de coleccionar en un tomito las epístolas consabidas; y encariñado con el proyecto, indicó a su amigo que juzgaba conveniente poner en el tomo del proyecto, a continuación de las cartas, la *Introducción* a la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, porque, contestando a todo esto, D. Gumersindo decía a su corresponsal lo que sigue:

«Me parece excelente la idea de publicar a continuación de »las Cartas la *introducción* a *Los Heterodoxos.* También quisiera »yo que V. pusiese en el mismo libro un *specimen* de *La Estéti»ca en España.* Ninguno mejor, ni más apropósito para hacer »ver a los *Mrs. Massones* que los españoles han sabido pensar »originalmente, que el capítulo relativo al P. Feijóo...»

Como es sabido, Menéndez y Pelayo no incluyó en *La Ciencia Española* el *specimen* de *La Estética en España*, según le indicaba Laverde, sino que reservó toda esta materia para la más grande, tal vez, de todas las obras que escribió, la monumental *Historia de las Ideas Estéticas en España.*

El 25 de julio de 1876 Menéndez y Pelayo mandó desde Santander a Laverde la V carta: *Prosiguese el pensamiento de las cartas anteriores.*[1] En ésta, Menéndez y Pelayo contesta a Salmerón, propinándole un regular vapuleo por los ataques que

(1) Se imprimió en el n.° 132 de la *Revista Europea*, correspondiente al 3 de septiembre de 1876, Págs. 294 a 301.

había inferido a la cultura hispánica en la *Revista de España;* artículo sobre el que Laverde había llamado la atención de su amigo en la carta del 20 de julio de 1876. El 6 de agosto de 1876 Laverde acusa desde La Coruña el recibo de la V epístola de *La Ciencia Española*, y empieza a hablar del prólogo de esta obra, que también fué trabajo en el que colaboraron ambos amigos.

»Mi carísimo amigo: recibo su muy grata del 2 y con ella la »5.ª de las literarias, no inferior en mérito a ninguna de las an»teriores, la cual revisaré y enviaré a Medina.

»A este le remití ayer un pliego con la corrección de varias »erratas, repeticiones y descuidos de expresión que noté en la »1.ª carta, y con algunas noticias para añadir a la misma al re»imprimirla. Le encargo que mande a V. las pruebas para que »corrija mis correcciones si no le parecen bien y haga otras »adiciones que tal vez se le ocurran.

» .....

»Muy buenas son las notas que V. me envía para la carta-pró»logo; luminosas indicaciones contienen; pero veo que si V. no »me ayuda en mayor escala no llegará a salir cosa de provecho. »Tan estéril está mi imaginación, tan premiosa mi pluma, tan »perdido tengo el arte de escribir. No puede V. figurarse las »cuartillas que llevo ya escritas, tachadas y vueltas a escribir, »para no sacar en limpio casi nada. Así, pues, para no calen»tarme más los cascos, cosa a mi salud harto nociva, determino »enviar a V. el plan e ideas capitales de mi epístola y rogarle »que se convierta por unas horas en mi Srio. particular, olvi»dándose por completo de sí mismo. Desarrolle V. mis ideas, »añada y quite cuanto le parezca oportuno, y de a todo formas »literarias, y creo que saldrá una cosa presentable. Lo copio yo »luego, le doy algún toque de mi estilo, lo envío a Medina, y »*Pax vobis.*

» .....

»Volviendo a su última epístola literaria no debo ocultarle »el temor de que acaso, por haber sido V. discípulo suyo, so»bre todo, sea de mal efecto lo recargado de colores que pre»senta V. la caricatura de Salmerón. La dejo intacta, sin embargo. »Al corregir las pruebas podrá V. suavizarla, si le parece, así

»como también suprimir alguna repetición de cosas ya dichas »anteriormente, si la advierte. Tal vez, si V. tiene que replicar a »Revilla, cuadraría allí mejor el varapalo salmerónico. También »esto puede V. arreglarlo, si es caso, al corregir las pruebas, »encargando a Medina que no se imprima la parte concerniente »a D. Nicolás, para ingerirla en la *revillesca*, que entonces po»drá titularse: *Dos pájaros de un tiro.*»

Sería muy curioso conocer la caricatura de Salmerón tal cual salió de la pluma de Menéndez y Pelayo, para ver si este siguió el consejo de Laverde y suavizó las líneas del boceto que nos ofrece en la última parte de la epístola susodicha. En carta de Otero de Rey de 17 de Agosto de 1876, vuelve Laverde a hablar a Menéndez del boceto del retrato de Salmerón, a la vez que de otros pormenores de la misma obra, aconsejándole en este y en otros puntos algunas variaciones, que verá el lector:

«Algunos que en La Coruña leyeron sus epístolas, alaban su »erudición; pero añadían: «¡esos *neos* siempre mordaces!» ¿qué »dirán cuando lean la *salmerónica?*

»En esta suprimí la palabra *gazapo*, por parecerme sobrado »familiar. En el mismo caso están algunas otras, como *despósitos* »(sic) *caletre*, *tragaderas*, etc., que dejé intactas y creo debe V. variar. Donde se dice que tuvimos muchas damas entendidas en »griego y latin, estaría mejor letras griegas y latinas, y conven»dría poner los nombres de las más famosas.

»Me parece que no se fijó V. bastante en el alcance que para »Salmerón tiene la palabra *clásico-naturalista*, con la cual parece »referirse a aquellos renacientes que paganizaron en Religión, de »los cuales, en efecto, estuvimos libres, a Dios gracias. Sobre este »punto debería dársele la razón en honor de España.

»También podría añadir V. algo sobre la falta de *enlace y con»secuencia* de nuestra ciencia con el proceso general de la cultura »europea.

»Donde V. habla de los que se *construyen la ciencia por sí mis»mos*, podría añadirse por vía de paréntesis:

»*(Mas turbación de la inteligencia* llama a esto el Dr. Mata en »su *Tratado de la Razón Humana).*

»Me parece una expresión oportuna, significativa y pintores»ca. Lo que puede tener de poco limpia va a cargo del Dr. Mata.»

El 19 de agosto de 1876 Laverde escribe desde Otero de Rey a Menéndez y Pelayo, suministrándole nuevos datos para las cartas a cerca de *La Ciencia Española*:

«Lo que V. me dice respecto a Fr. Bernardo Ochino y Juan »de Valdés, pensando que a este debe atribuirse el *cogito ergo* »*sum* y la *duda metódica*, me parece observación muy discreta, »y creo que debe ingerirla, al corregir las pruebas, en la epístola »*azcaratesca* o en la *salmeroniana*.

»Otro tanto digo de lo referente al alma de los brutos. Salmerón »llama *extravagancia* al *automatismo* de Gómez Pereyra. Cierto es »de extrañar que a este no le nombre Mr. Laveque, tanto más cuan»to que ya Huet, obispo de Abranches, notó que de Gómez Pereyra »había tomado Descartes aquella y otras doctrinas. En la carta »sobre monografías expositivo-críticas puse una nota donde, si »aun es tiempo, podrá V. meter todo eso, y sino en la *salmeroniana*.

»Sobre el mismo punto leo en la noticia que Fr. Ceferino »Gonz. (*Philosophia elementaria*, t. 3.º) da de la *Philosophia libera* »de Isaac Cardoso, que este opinaba que el alma de los brutos »no es otra cosa que «pars illa ignea animalibus admixta, quo »aliis elementis temperata, mirabilis redit operationes», y «non »vero forman illam peripateticum inintelligíbilem», por donde »debe decirse que «non esse corpori universo alligatam, sed uni »precipuae parti insidere, reliquas vero suo nuto vel motu vivifi»care: cor est illa pars nobillissima». El mismo Cardoso asienta »que «sunt atomí rerum principia , quia ex illis mixta componu»tur, et in illo redeunt: secundo, quia ex illis oriuntur mixtorum »proprietates, diverso modo, figura, situ ac dispositiones iis prin»cipiis constitutis, quemadmodum ex litteris diversimodo ordina»tis et dispositis, innumeræ prodeunt dictiones».

»También sostiene que las potencias del alma no se distin»guen de esta realmente, sino que son la misma esencia de ella, »la cual «varias eliciens operationes, varia nomina sortitur».

»Según él, los colores no están en los cuerpos, sino que son »la misma «lux refracta ac disposita»; y así «accedente luce, co»lores oriuntur abscidente, evanescunt ac in tenebris nulli sunt».

»Fr. Zeferino llama al libro de Cardoso «opus sane egregiun» »y de desear sería una más extensa exposición crítica. Ya nota»ría V. algunas de sus concomitancias con Gómez Pereyra.»

Don Manuel de la Revilla contestó a la fraterna que Menéndez y Pelayo le había propinado en la epístola *Mr. Masson redivivo*, publicando un artículo con el epígrafe: *La Filosofía Española*, en el número de la *Revista Contemporánea* correspondiente al 15 de agosto de 1876. Al final de este artículo sintetizaba Revilla el contenido de aquel, diciendo:

»Creemos haber contestado la parte seria del artículo del »Sr. Menéndez y haber probado: primero, que el Sr. Menéndez »no ha dado ninguna razón *sólida* ni *maziza* en apoyo de su »tesis, y, segundo, que la filosofía española, en el sentido de »escuela nacional que haya ejercido verdadera influencia en el »pensamiento humano, no existe ni ha existido nunca; como »tampoco hemos tenido una historia científica de verdadera »importancia.» [1]

Menéndez se creció con la polémica; y redactó una réplica que, aunque está firmada en Santander el 22 de septiembre de 1876, debió de ser escrita antes de esta fecha, porque, como vamos a ver, en carta del 27 de agosto de 1876 ya habla Laverde de tener en sus manos la epístola consabida. Después de responder directamente a Revilla, Menéndez y Pelayo desarrolla, en la última parte de la epístola, el plan que en la carta del 5 de mayo de 1876 le exponía Laverde como demostración de la existencia y el mérito de la filosofía española, fijándose en tres sistemas españoles y ortodoxos, de originalidad inequívoca y de influencia indudable en la filosofía universal: el lulismo, el suarismo y el vivismo. En el desenvolvimiento de este plan observará quien coteje la epístola de Menéndez con el esquema de Laverde, que aquél sigue fielmente las indicaciones de éste. Pues bien; en carta firmada en Otero de Rey el 27 de agosto de 1876, da Laverde el juicio que le mereció esta epístola, a la que él puso el título que lleva: *Mr. Masson redimuerto;* [2] y hace otras varias indicaciones sobre estas cartas polémicas:

»Mi queridísimo amigo: recibo su grata del 22 y al propio »tiempo el pliego certificado con la réplica a Revilla, que es »contundente, y a la que pondré por título *Mr. Masson redimuer-*

(1) Pág. 115 del tomo V de *La Revista Contemporánea*. Agosto-Septiembre. Madrid, 1876.

(2) Publicada en el núm.° 135 de la *Revista Europea*, correspondiente al 24 de septiembre de 1876. Págs. 392 a 403.

»*to*. Mañana mismo la revisaré e irá a Madrid enseguida, así »que haya por quien mandarla a Lugo para certificarla.

»A todo esto ¿cuándo viene redactada la carta-prólogo cuyo »croquis le envié?

»Cuando V. corrija las pruebas de la salmeroniana no deje »de añadir algo sobre el automatismo de las bestias (que D. Ni»colás llama *extravagancia*) y del art.° de Leveque y la Psicolo»gía comparada y el obispo Huet, que ya echó en cara a Des»cartes que había tomado esta y otras doctrinas conexas con »ella, de la obra de Gómez Pereyra.»

Don Marcelino envió a Laverde el esquema que este le había pedido el 6 de agosto de 1876 para ajustarse a él en la redacción de la carta-prólogo de *La Ciencia Española*; y el 4 de septiembre de 1876, Laverde le acusa recibo de ese plan, a la vez que hace iudicaciones sobre detalles y el título de la obra:

»Como las palabras *racionalismo* y *racionalista* se toman a »mala parte, no quisiera verlas aplicadas por V., en la 2.ª *revilles»ca*, a Vives, ni a Foxo Morcillo, y desearía que V., al corregir las »pruebas, las remplazase con otras equivalentes, pero no tan mal »sonantes a los oídos piadosos.

».....

«En las adiciones que para la Azcaratesca mandé a Medina »figuran varios de los descubrimientos y novedades que V. re»cuerda en su rêplica a Revilla, la que debió llegar a manos del »editor. Al corregir las pruebas de la 1.ª hará V. las correcciones »oportunas para evitar repeticiones, a lo menos cuanto a la for»ma de expresión.

».....

»La Introducción a los *Heterodoxos* debe ir a todo trance en »el libro. Puede V. llevarla a Madrid y corregir allí las pruebas.

»Respecto al título de aquél nada me ocurre por ahora. Con»sulte V. con Pereda, que suele tener acierto en esto, como en todo.»

El 7 de septiembre de 1876 vuelve Laverde a escribir, desde La Coruña, a Menéndez y Pelayo hablando de las dificultades que hallaba para componer el prólogo de *La Ciencia Española*, y solicitando nuevamente le ayudara en esta labor:

»Mi muy querido amigo: Mientras retoco a mi manera el resto

»de la carta-prólogo, envío a V. su *cabeza* para que V. la rehaga, »dándole más trabazón y color a mis pálidos y mal cosidos pen»samientos, y hecho esto, me la devuelva, pues de lo contrario »no sé como he de salir del compromiso.»

A esta carta acompañaba Laverde el borrador del prólogo de *La Ciencia Española*. Comparado con el que apareció al frente de este libro se ven grandes diferencias. Por esto, me parece curioso publicarlo íntegro según esta primera redacción y le imprimo al final, como apéndice. Sería muy interesante averiguar cuáles de estas variaciones fueron debidas a Menéndez y Pelayo y cuáles a Laverde; pero las cartas que manejo no permiten precisar tanto.

Realmente, Laverde estaba preocupadísimo con el prólogo, hallando dificultad, sobre todo, en cuanto al orden y cocatenación de las ideas. Muy bien dan a conocer estas dificultades las dos cartas que el 8 y el 10 de septiembre de 1876 dirigió, desde La Coruña, a Menéndez y Pelayo. En la primera de ellas escribía:

»Mi entrañable amigo: anteayer remití a V. la cabeza de la »carta-prólogo. Ayer me puse a rehacer a mi manera el resto, y »después de sudar mucho (a la letra) y ponerme la cabeza ca»liente, que luego me tuvo desvelado, no logré hacer nada que »me satisfaga. No resisto nada el trabajo mental. La mayor difi»cultad estaba para mí en el orden de los puntos que había de »tocar, en la dificultad de engranarlos de un modo lógico y na»tural. Le mando a V. lo que he hecho para que se tome la mo»lestia de refundirlo, y perdone tanta pegiguera a este pobre »inválido. Lo que menos me llena es el tránsito del penúltimo »al último párrafo. Creo que el modo de desembrollarlo todo »sería establecer al principio de esa parte de la epístola, con la »distinción debida, las tres fases sucesivas que presentan las »negaciones de los *massonistas*, que van de posición en posición »batiéndose en retirada: 1.ª La actividad intelectual de España »estuvo muerta: 2.ª Hubo sabios en España, pero nada adelan»taron sobre la ciencia de la antigüedad y de la Edad Media, »entregados a una ciencia estacionaria y uniforme: 3.ª Algunas »novedades científicas brotaron de sus cerebros, pero sin enlace »ni consecuencia con el proceso general de la ciencia, fueron »semillas muertas. Tratada la materia por este orden, creo que

»podría dársele la conveniente hilación y congruencia, colocando »cada especie en su lugar propio. También deseaba encajar el »elogio que de Vives hizo Forner en la oración apologética, y »comparar su obra en el siglo XVI con la de Sto. Tomás de Aqui»no en el XIII, presentándolos como *encauzadores* de las torcidas »corrientes científicas de sus épocas respectivas, por las vías »católicas; pero si V. no lo hace, sin hacer se quedará, pues »tengo la cabeza muy débil y mi salud padece. Forner, en *El* »*Pasatiempo*, hace notar que Vives no se limitó a combatir los »vicios de la Escolástica, sino los de todas las sectas y sistemas. »Fr. Ceferino Gonz. pónele entre los que trabajaron por restau»rar el sano escolasticismo, y halla bastante conformidad, en lo »general, entre sus doctrinas y las de Sto. Tomás.

»En el resto de la epístola, donde se indican los servicios que »V. presta a la *patria* y a la *religión*, no hallaré tropiezos, pues »todo marcha de un modo natural y lógico, sin saltos bruscos, y »mi tarea se reducirá a perfilar la locución.»

En la carta del 10 de septiembre de 1876, decía Laverde sin aguardar respuesta de Menéndez y Pelayo a la anterior:

«Mi carísimo amigo: nada hay que embarace más a un escri»tor, sobre todo si este se paga mucho, como yo, del orden y »método, que el no concebir de antemano un plan lógico, claro »y bien concertado. Tal me sucede con la carta prólogo. Ahora »creo haber dado en el *quid*. Creo que la marcha que debe se»guirse en dicho escrito, es esta:

»1.° La introducción elegiaco-patriótica.

»2.° mediante la transición que sigue, pasar al párrafo en »que hago la calificación o juicio general de sus epístolas y enu»mero las obras que trae entre manos, terminando así. ¿Que »mucho si me cabe parte en la gloria de V. por conterráneo y »por amigo? (los versos de Cadahalso los reservo para remate »de *mi* obra).

»3.° En seguida, el pasaje que precede al anterior en mi bo»rrador, el en que expreso mi dolor por los menosprecios y ne»gaciones de que aún es objeto nuestra cultura y disculpo la »inutilidad con que trata V. a sus detractores, y termina: «Y pri»vados de esta puerta falsa ¿por dónde se escaparían?»

»4.° Con el final precedente empalma sin violencia y como

»de suyo el exponer y resumir la manera como V. ha demostrado »contra los discípulos de Mr. Masson: 1.° que no estuvo muerta »nuestra actividad científica; 2.° que esta actividad no se redujo »a aprender y repetir las doctrinas antiguas y de la edad media, »sino que produjo novedades importantes; 3.° que estas novedades no fueron semillas muertas, sino que influyeron en los progresos generales del espíritu humano, y no pudieron menos de »influir por la gran circulación que alcanzaban nuestros libros y »los muchos sabios que teníamos en las principales cátedras de »Europa. Todo lo referente a Vives debe ponerse aquí.

»5.° Tras el anterior resumen viene naturalmente el hacer »ver el triple servicio que, con dicha demostración, presta V.: **a)** »a la *ciencia;* **b)** a la *patria;* **c)** a la *religión*. Estos dos últimos servicios están perfectamente determinados en lo que yo tengo. El »1.° el relativo a la *ciencia* puede V. presentarle breve y claramente, una vez desembarazados del resumen y exposición, que »transfiero al pasaje 4.° antecedente.

»Figúraseme que, sometida a este plan la epístola, llenando »V. los vacíos que advierta, dando más soltura a mil encogidos »periodos, etc., puede quedar una cosa decente.

»En la transición que sigue a los versos de Lista deseo que V. »meta este pensamiento: «Poseído de tales sentimientos natural es »que me complazca en explayar mi imaginación por esas tierras »cántabro-asturianas, recordando sus antiguas glorias, fantaseando mejoras y progresos, etc.,» con los demás que allí apunto.

»Pido a V. encarecidamente que se esmere en el trabajo que »le encargo y procure no dejarme nada que hacer en él, pues »tengo la cabeza muy débil, y para poco. Si ahí no tiene tiempo, »acábelo V. en Madrid.

»También le advierto que me quedé sin los borradores, o como »quien dice, quemé las naves.

»Caminero me dice, en carta recibida ayer, que iba a escribir »a V. felicitándole por la 1.ª, anti revillesca (que, por lo visto, »causó sensación) y ofreciéndole, en nombre del Director, las »columnas de *La defensa de la Sociedad.*»

El 15 de septiembre de 1876 contesta Laverde a una carta que el 9 del propio mes le había escrito Menéndez y Pelayo; le da el título para el libro que proyectaban hacer con las epístolas con-

sabidas; y le indica algunas aclaraciones que entendían se debían introducir en la redacción de las cartas:

»Cuanto al título de la colección de cartas, etc., paréceme que »podría ponerse este: *Polémicas y Proyectos | sobre | la actividad »intelectual de España | en los pasados siglos | por | D. M. M. P.,* »etcétera; título que, bien mirado, comprende la introducción *hete»rodoxa*, que puede considerarse como otro proyecto. No creo »que en la portada debe decirse nada de *cartas*, ni de que va al »frente un prólogo mío: eso yo lo verá el lector.

»La clasificación de Escuelas que V. hace en la última anti»revillesca me gusta mucho; denota tanto saber como perspicacia. »Sólo hallo que exigiría más explicación (para quitarle las apa»riencias de paradógico) lo de entroncar con Vives direcciones »tan opuestas como las representadas por los *peripatéticos clási»cos* y los *ramistas*, enemigos declarados de Aristóteles.

»También he hallado alguna contradición entre llamar plaga »*erudita* al *especialismo* en la *salmeroniana* y luego declararse »amante de él en la replica a Revilla. Sé que es sólo aparente, y »que pueden conciliarse ambas afirmaciones, pero no estaría de»más el indicar el distinto sentido en que las toma. Tal vez sobre »estos puntos y otros, pudiera escribir V. una epístola de *aclara»ciones* y *adiciones*, por vía de despedida.»

Menéndez y Pelayo envió, por fin, a su amigo la parte de la carta prólogo de *La Ciencia Española*, redactada tan a gusto de Laverde como indica éste escribiendo a aquél el 21 de septiembre en 1896 desde Lugo:

»Mi carísimo Marcelino: ayer recibí en La Coruña, momentos »antes de salir para esta (donde residiré, Plaza del Campo, 13, »hasta mediados de octubre, si Dios quiere) su grata del 15 y con »ella la 1.ª parte de la Carta-prólogo, que viene muy a mi gusto. »Como hablo de tierras *cántabro-asturianas*, consecuente con mis »*principios*, pondré a Campoamor, Fr. Ceferino y algún otro al »lado de Pereda y Juan García.»

Nótese que del último punto del párrafo transcrito parece inferirse que la enumeración de algunos escritores montañeses y asturianos que va al principio de la carta-prólogo [1] se debe,

(1) Págs.: VIII de la 1.ª edición (Madrid. Imp. a cargo de Víctor Sáiz, sin año); VIII y IX de la 2.ª edición (Madrid. Victoriano Suárez, 1880), y IX y X de la 3.ª edición (Madrid. Colección de Escritores castellanos. Imp. de A. Pérez Dubrull. 1877).

la de los montañeses a Menéndez, y la de los asturianos a Laverde.

El 22 de septiembre de 1876, Menéndez y Pelayo fechó en Santander su rectificación a Revilla, esto es, la epístola que Laverde intituló *Mr. Masson redimuerto*. El 2 de octubre de 1876, el profesor vallisoletano da, desde Lugo, a su amigo la impresión que le produjo la carta susodicha; le llama la atención sobre algunas erratas, demostrando lo esmeradamente que hacía la corrección; y le anuncia que, por fin, había terminado el prólogo de *La Ciencia Española*, mandándosele al editor D. Eduardo de Medina.

»Volví a leer con sumo gusto la 2.ª revillesca. Levantará »roncha y creo que tendrá V. que volver a la carga. La 3.ª podrá »titularse *Mr. Masson en el limbo*... Noté dos o tres erratas.

»*Pues* bien mirado—*Pero* bien, etc.

»Un *nuevo* expositor—Un *mero*, etc.

»*Sámulas—Sumulas.*

»*algunas—aunque*

»vagas generalidades—*algo más que*, etc.

»Anteayer remití el prólogo a Medina.»

El 13 de octubre de 1876, vueve Laverde a hablar, desde Lugo, de la epístola *Mr. Masson redimuerto* y del prólogo susodicho, y expresa el juicio que la había producido la *Introducción a la Historia de los Heterodoxos Españoles*, fechada por Menéndez y Pelayo en Santander el 9 de septiembre de 1876, y que se había comenzado a publicar en el número 137 de la *Revista Europea*, correspondiente al 8 de octubre de 1876. (1)

»Corregiré las pruebas de la anti-azcaratesca, y haré en el »prólogo las modificaciones que V. me indica. Deseo hacerlo »pronto y ver el libro flamante y corriendo por esos mundos. »Sería conveniente remitir ejemplares de él a las principales re»vistas católicas de Europa.

»Sobremanera me ha gustado la parte de la introducción »heterodoxa que viene en el último n.º de la *Revista Europea*, y »lo mismo a algunos amigos que la han leído. Féchala V. a 9 de

(1) Págs. 459 a 466. Siguió publicando esta *Introducción* la *Revista* susodicha en los números 138 y 139, correspondientes a los días 15 y 22 de octubre de 1876. Págs. 485 a 491 y 522 a 529 del tomo 8.º.

»Sepbre. de este año, y en ella habla de D. Fermín Caballero, »suponiéndole vivo. ¿No ha muerto este señor, como se dijo, o »padeció V. una distracción al poner dicha fecha?

»Va adjunta una notita de erratas que advertí en la última »revillesca, por si V. quiere salvarlas. Las págs. y líneas que en »ella indico son las de la *Revista Europea*.»

Para mediados de noviembre de 1876 ya había salido de la imprenta madrileña a cargo de Víctor Sáiz, y editada por don Eduardo de Medina, *La Ciencia Española*. [1] A ella se refiere Laverde al escribir así a su amigo con fecha en Lugo a 17 de noviembre de 1876:

»He recibido 4 ejemplares de las polémicas. No corregí las »pruebas de la *Azcaratesca*, que trae algunas erratas. Está muy »bien la *addenda*. En otra edición, si se hace, convendrá refun»dirla en el texto, y poner por apéndice la última carta de Azcá»rate y mi contestación, aunque esta vale poco. Dígame que le »parece.»

Apenas vió la luz esta primera edición de *La Ciencia Española*, ya comenzó Laverde a preparar una segunda. Por esto decía a Menéndez y Pelayo el 2 de diciembre de 1876, escribiéndole desde Santiago de Compostela:

»De los cuatro ejemplares de las *Polémicas* que me remitió »Medina, sólo me queda uno, y este lleno de correcciones, que »pueden servir para una 2.ª edición. Así, pues, será bien que V. »encargue a dicho editor que se lo envíe a Fernández Sánchez, »nuestro paisano (es de Llanes).

»Va adjunta la carta que he recibido de Fr. Zeferino Gonz. »tanto más lisongera para V. cuanto que no es hombre entusias»ta ni impresionable. Debe V. tenerla por suya, y, en tal supues»to, escribir a dicho Excmo. e Ilmo. Señor (ya sabe V. que los »obispos no apean el tratamiento ni aun a sus íntimos).»

En *La España Católica* publicó D. Alejandro Pidal y Mon dos artículos sobre las cartas que formaron *La Ciencia Española*. El primero es una fervorosa alabanza de Menéndez y Pe-

(1) La portada de esta primera edición, hoy bastante rara, dice así:

»Polémicas, indicaciones y proyectos | sobre | la Ciencia Española | por | D. Marcelino Menéndez y Pelayo | Doctor en Filosofía y Letras | Con un prólogo de | D. Gumersindo Laverde Ruiz | Catedrático de Literatura en la Universidad de Valladolid | Madrid | Imprenta a cargo de Víctor Sáiz | Calle de la Colegiata, núm. 6.»

layo, y el segundo examina la posición especial de éste respecto a la existencia, constitutivos y méritos de la filosofía española. Pidal, escolástico y tomista rígido, no podía ver con agrado el criterio eclético, dentro de la ortodoxia católica, con que Menéndez opinaba en filosofía, sin adherirse, ni muchísimo menos, al escolasticismo tomista, sino declarando que su ideal filosófico se hallaba en el *vivismo*. Al final de la carta consabida concreta Pidal su opinión sobre estos tres puntos principales de su polémica con Menéndez. Hubo, en efecto, *filosofía española;* y filosofía mayor y más excelente que en ninguna otra nación, salvo en Italia, patria de Santo Tomás de Aquino. En la ruina de toda la verdadera filosofía a que asistimos se deben volver los ojos a la filosofía española, pero entendiendo por tal la filosofía escolástica, mejor dicho, la tomista, pues para Pidal el mismo *suarismo*, como sistema *filosófico*, no puede distinguirse fundamentalmente del *tomismo*. [1] De ningún modo se deben sincretizar en un ecleticismo *vivista* todas las escuelas españolas, reivindicando como glorias de España el *empirismo de Bacón*, la *duda de Descartes*, el *psicologismo escocés*, ni los demás errores o verdades incompletas que sucedieran al abandono de la *escolástica;* y, sobre todo, no traten de hacer olvidar, presentando a *Vives* como superior a *Soto*, a *Suárez* o a *Melchor Cano*, y al *vivismo* como superior al *tomismo*, que la doctrina de Santo Tomás, único organismo completamente científico y católico, fué, si no por casualidad de su nacimiento, por *derecho de conquista*, la *filosofía española*, como la llamó Leibnitz... [2] «Estas cartas de Pidal, escritas en el estilo oratorio y altisonante tan característico del político asturiano, son muy inferiores a las de Menéndez en erudición, sobre todo: el propio Pidal confiesa respecto a Vives que se atiene a «los mismos datos que los señores Laverde y Menéndez Pelayo nos proporcionan.» [3]

En abril de 1877 contestó Menéndez y Pelayo desde Florencia, donde a la sazón se hallaba, a Pidal, dirigiéndole la carta: *In dubiis libertas*. En ella insiste en afirmar la existencia de la filosofía española, presentando como sus dos principales carac-

(1) Pág. 206, de la 2.ª edición de *La Ciencia Española*. Madrid, 1880.
(2) Págs. 208 y 209. Op. y ed. cit.
(3) Pág. 204.

teres el espíritu crítico y el sentido práctico en las escuelas ortodoxas y el panteismo en las no católicas; sostiene: que el tomismo es la verdad *toda* en su parte teológica, pero no en la filosófica; que la verdad total no la ha alcanzado ninguna filosofía en cuanto tal, aunque se debe aspirar a ella, para lo cual la mejor dirección es la del *armonismo,* entendido cual lo hace Fox Morcillo; y que la verdadera filosofía perenne no es la escolástica, sino los principios fundamentales e inmutables que se hallan más o menos expresos en el fondo de toda filosofía no panteista; hace una nueva defensa de Vives, de su filosofía y del influjo que ejerció en los que discurrieron con posterioridad a él; investiga la significación de Francisco Sánchez y del *Quod nihil scitur* dentro del escepticismo; defiende que Melchor Cano es vivista; censura a los escolásticos españoles que no estudian los libros de Suárez o Fr. Domingo de Soto; suscribe los elogios de Pidal a los tomistas españoles, pero niega que Cisneros los fomentara grandemente, que el arzobispo Fr. Bartolomé de Carranza tenga gran mérito científico, que el tomismo diese dirección a nuestros místicos, y que haya de contarse entre los tomistas a Fr. Luis de León, verdadero armonista al estilo luliano; defiende que el suarismo es verdadero sistema filosófico distinto del tomismo; afirma que el escolasticismo no fué la única filosofía enseñada en las universidades españolas; y termina ponderando cómo el espíritu de la doctrina de Vives informa toda nuestra civilización.

Esta respuesta de Menéndez y Pelayo a D. Alejandro Pidal gustó tanto a Laverde que al punto, «para evitar que se me trasconejen algunas especies», como él decía, escribió al primero el 3 de mayo de 1877 desde Santiago:

»Me ha entusiasmado la lectura de su carta a A. Pidal. Es »admirable. Sólo me queda alguna [1] sobre si será tan cierto, »como V. afirma, que el Renacimiento influyó poco o nada en »la generación y progresos del protestantismo. Parece que Pidal »piensa replicar, y es posible que no se le escape este punto. »Veremos entonces como V. se desenvuelve. Por lo demás, se ha »colocado V. en buen terreno y ha de ser difícil que en él pue-

(1) Duda.

»dan derrotarle. Persista V. en su tono de moderación y de »respeto hacia el tomismo. Podría V., si tuviese a la mano las »obras de Fr. Ceferino, invocarle en su apoyo, pues en alguna »de ellas recuerdo haber leído que tenía por una exageración el »reputar *inútil* cuanto desde Santo Tomás acá—y fuera de su »escuela—se ha hecho en materia de filosofía, y tacha a San Se»verino [1] de *Nimis Scholasticum*, y, hablando de Vives, dice »que, en lo fundamental, no discuerda del Angel de las Escuelas. »También halla bastante de aprovechable en la Escuela Escoce»sa. Para mostrar las afinidades de ésta con Vives no estará de »más indicar, además de lo que V. sabe de Llorens, que D. José »Joaquín de Mora, en sus *Cursos de lógica y ética según la escue»la de Edimburgo*, cita varias veces, con elogio, al polígrafo »valenciano.»

En la cabeza de esta carta hay una nota autógrafa de Menéndez y Pelayo diciendo: «Recibida en Milán».

Don José del Perojo, director de *La Revista Contemporánea*, autor de unos *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*, y traductor de *La crítica de la Razón Pura*, escribió un artículo sobre las cartas de Pidal a Menéndez, elogiando mucho aquéllas y poniendo a Laverde y Menéndez y Pelayo «a los pies de los caballos» como dice éste. [2] Menéndez contestó a Perojo con la carta que intitula: *La ciencia española bajo la Inquisición, por el señor del Perojo*, fechada en Venecia el 6 de mayo de 1877. A Laverde le entusiasmó sinceramente la respuesta de su amigo, pero, a la vez que le expresa esta impresión, le hace, en carta escrita en Santiago el 3 de junio de 1877, las advertencias que se verán:

»Con fruición grande leí la segunda *perojina*, que es contun»dente. Sólo tengo un reparo que ponerle, y es la concesión que »V. hace de que la Astronomía y las Matemáticas decayeron en »el siglo 16, siglo de Núñez, Rojas, Chacón, Sta. Cruz, Esquivel, »Herrera, Ochoa y tantos otros matemáticos, que, si no fueron »descubridores, sabían cuanto entonces se sabía en el resto de »Europa. Acaso pudiera admitirse tal decadencia, por lo que a »Astronomía respecta, si Alfonso el Sabio hubiese florecido, no

(1) Se refiere al Canónigo napolitano Sanseverino, filósofo escolástico del siglo XIX.
(2) Pág. 241 de la 2.ª ed. de *La Ciencia Española*.

»dos siglos, sino inmediatamente antes.—Si V. halla justas estas »observaciones puede darles cabida y desarrollo al contestar a »Vidart. Esta contestación puede V. hacerla en una nueva epís»tola a Pidal, agradeciéndole lo que concede, y corroborándolo »y combatiéndole en lo que niega. Para esto, pruebe V. hacer »ver cómo en la primera mitad del siglo 18 continuaron las sec»tas escolásticas de tomistas, escotistas y suaristas, cómo se »mantuvo el lulismo, cómo Ferreras, Mayans y otros siguieron »en la *crítica histórica* las huellas de Mondejar, Cortés, etc.; »cómo el mismo Mayans, Tinestres y otros se enlazan con Sal»gado, Puga, Ramos del Mancano, etc., en punto a jurispruden»cia, cómo Campomanes ilustró la educación popular sacando »a luz escritos de economistas del siglo XVII, cómo Tosca, el »autor de *El ocaso de las Formas Aristotélicas,* y otros filósofos »más o menos novadores, procuraban apoyarse en precedentes »nacionales; cómo Forner se mostró *vivista* citando a la vez con »encomio a los grandes escolásticos del siglo XVI, entre ellos a »Gabriel Vázquez, a quien puso en las nubes, cómo las Socie»dades médicas de Sevilla y Valencia empezaron ya en el siglo »XVII, cómo el conocimiento y adopción, en parte, de la filosofía »francesa del siglo XVII precedió entre nosotros al advenimiento »de Felipe V. (Caranad, Cardós, etc.), y otras muchas buenas »cosas que a V. se le ocurrirán en contra de mi buen amigo »Vidart.»

A la cabeza de esta carta puso Menéndez y Pelayo una nota diciendo:

»La Sociedad Médica de Sevilla, para el estudio de la Física »experimental y de la Historia Natural, se fundó en 1697, y fué »aprobada por Real Cédula de 25 de mayo de 1700.»

En la 3.ª edición de *La Ciencia Española* (1) añadió Menéndez esta nota a la carta III de la Segunda Parte, agregando:

»Sus trabajos (de la Sociedad Médica de Sevilla), completa»mente experimentales, llenan doce tomos, publicados en distin»tos tiempos.»

El 9 de mayo de 1877 firmó Menéndez y Pelayo en Milán una carta dirigida al Sr. Director de *La España,* revista que

(1) Pág. 90 del T.° II de la 3.ª edición de *La Ciencia Española.* Madrid, 1887.

publicó por vez primera estas epístolas, en la que terminaba la refutación del ataque de D. José del Perojo a la cultura española. A este trabajo de Menéndez se refiere Laverde al decirle en carta escrita en Santiago el 8 de junio de 1877:

»Ayer, asimismo, tuve el gusto de leer la 3.ª *perojina*, o más »bien su primera parte, pues no parece completa, y el de ver que »en ella promete V. a Pidal un estudio, que será de gran impor»tancia, sobre Gómez Pereyra y su *Antonina Margarita*. Y aquí »me ocurre la idea de una 2.ª edición de *La Ciencia Española*, »dividida en dos partes: la 1.ª *A. D. G. Laverde*, y la 2.ª *A. D. Pi»dal*, incluyendo en aquélla lo ya coleccionado, menos la *intro»ducción heterodoxa*, y en ésta (la 2.ª) todo lo publicado y que, »sobre la materia, publique en la *Hoja literaria* de *La Española*; »uno y otro con las oportunas conexiones. A la 1.ª parte he pues»to yo bastantes notas en el ejemplar que tengo y remitiré a V. »Por vía de *Apéndice* podrían ponerse las cartas que mediaron »entre Azcárate y yo, los arts. de Revilla, Perojo, Vidart, Pidal, el »P. Mir, Pereda, etc. Resultaría un buen tomo en 4.º»

Como se ve, Laverde formula en estas cartas un plan para la segunda edición de *La Ciencia Española*, que es el mismo que siguió Menéndez y Pelayo, con excepción de los artículos de Revilla, Perojo, Vidart, etc., que quedaron suprimidos.

Terminó de publicarse la carta de Menéndez y Pelayo al señor Director de *La España*, refutando a D. José del Perojo. Al final de ella hace Menéndez el elogio más fervoroso que yo conozco de cuantos se han tributado a D. Gumersindo Laverde:

»El Sr. Laverde, que, como hombre, es un angel sin más de»fecto que la *tolerancia* excesiva, es, como literato y erudito, una »de las glorias más puras y acrisoladas de la España de nuestros »días. Nadie le excede en amor a la ciencia y en inteligente labo»riosidad (harto mal recompensada por desdicha), y poquísimos »se le acercan en erudición, que es inmensa, en el gusto finísimo »y delicado, en el juicio alto, firme y maduro. Sus ideas, sus pro»yectos todos, llevan un sello de grandeza que asombra. Oprimi»do por dolores tenaces y heroicamente sobrellevados, que ya en »vida le dan la corona del martirio, no vive ni respira, sino para »la ciencia patria. Hablista castizo, poeta genial y de una pureza »exquisita, prosista limpio y acendrado, su nombre y sus escritos

»están demasiados altos para que puedan alcanzarlos los mal cer-»teros tiros de la insolencia racionalista. Ahora que me separan »muchas leguas de mi buen amigo, y él no puede borrar este pá-»rrafo, repito, con toda la efusión de mi alma, que soy indigno de »figurar a su lado, ni aún en los artículos del Sr. Perojo, como no »sea en concepto de aprendiz y discípulo de curso» [1].

El 17 de julio de 1877, en carta firmada en Santiago, Laverde da las gracias a Menéndez por tales elogios; y vuelve a hablar de la segunda edición, que ya considera necesaria:

»Leí la conclusión de la 2.ª *perojina*. Inmejorable, salvo el »bombo monumental que V. me dedica. Enterneciome tan insigne »muestra de cariño, tanto como me avergonzó el considerar la »inmensa distancia que hay de lo vivo a lo pintado.

»Me parece que, si no ha llegado ya, llegará pronto el caso »de hacer la 2.ª edición de *La Ciencia Española*, con las adiciones »y perfiles de que le hablaba en mi última, pues ya no viene »anunciada dicha obra en la cubierta de la *Revista Europea*, lo »cual me hace creer que se habrá agotado la 1.ª edición.

»Una de las correcciones que deberá introducir V. es el poner »en el texto de la carta o cartas correspondientes, las noticias que »ahora figuran en el Apéndice.»

El 12 de junio de 1877 escribió Menéndez y Pelayo a Laverde desde Santander, de regreso ya de su viaje bibliográfico por Italia y Francia. Al contestar D. Gumersindo a esta carta, con otra fechada el 23 de junio de 1877 en Otero de Rey, su residencia veraniega, vuelve a transmitir a su amigo indicaciones para las futuras epístolas de *La Ciencia Española* y para la segunda edición de esta obra, que ya consideraba indispensable:

»Deseo que V. cumpla la promesa hecha a Pidal de un estu-»dio sobre la *Antoniana Margarita*, que podría servir para cerrar »la 2.ª parte de las *Polémicas*, si de estas se hace 2.ª edición, »como me parece ya necesario.

» . . . . . .

»Creo que no se perderá el dinero en una 2.ª edición de *La »Ciencia Española*, pues son bastantes todavía las personas que »me preguntan por ella.

»Todavía no viene hoy en *La España* la contestación de Pidal.

(1) Página 311 en la segunda edición de *La Ciencia Española*. Madrid, 1880.

»Visto lo que este la va dilatando, casi, casi le aconsejaría a V., »que por de pronto se haga cargo de los artículos de Vidart, »Zugasti y La Arenal. Paréceme que debe V. hacerlo en forma »de carta dirigida al propio Pidal, a fin de que la *2.ª parte* apa»rezca toda dedicada a él, así como me dedicó a mi la 1.ª»

Con mucha delicadeza vuelve Laverde a urgir a Menéndez y Pelayo, en carta escrita en Otero de Rey el 3 de julio de 1877, para que continúe *La Ciencia Española*, a la vez que le advierte algunos *lapsus* deslizados en las epístolas ya impresas:

»Paréceme que, si V. escribe ahora a Pidal sobre los aciertos »y errores de Vidart, D.ª Concepción y Zugasti, todavía éstos »han de replicar, si replican, antes que aquel lo haga a la 1.ª »epístola que le dirigió, pues le veo harto remiso. De paso diré »a V. que a Fernández Sánchez le pareció la tal epístola algo »irrespetuosa con Santo Tomás, y que, por esto mismo, le gustó »más al P. Rojas, uno de los jesuitas establecidos en Santiago. »—La exposición de la *Antoniana* podría hacerla V. en forma »epistolar, para que toda la obra estuviese homogénea en este »punto dirigida a Pidal.

»En la última *perojina*, traduciendo un trozo de Vives, escribe »V. «*anticipaciones y amonestaciones*». A esta última palabra no »le hallo sentido razonable. ¿No sonaría mejor *advertencias?*»

Nuevamente volvió Laverde a urgir a Menéndez en carta del 31 de julio de 1877, desde Otero de Rey, para que prosiguiera *La Ciencia Española*, escribiendo especialmente sobre *La Antoniana Margarita*, y para que preparase la segunda edición del libro:

»Creo que ya no hay que esperar las réplicas de Pidal y Pe»rojo. Así, pues, vea V. si le parece del caso escribir sobre la »*Antoniana*, según ofreció a Pidal, sobre Sabunde y sobre Vidart »y Compañía, para cerrar la 2.ª parte de *La Ciencia Española* y »hacer la deseada 2.ª edición de esta obra, cuya portada deberá »ser esta: *La Ciencia Española, cartas literarias dirigidas a D. G. »L. y D. A. P. por D. M. M. P.*»

El 6 de enero de 1878, y en carta escrita en Santiago, vuelve Laverde a encarecer el deseo de que se continuaran las epístolas sobre la cultura hispana, y de ver pronto la segunda edición del libro. Se advierte en esta carta que la familiaridad entre Laverde

y Menéndez les había hecho variar el tratamiento; desde 1877 dejaron el usted y emplearon el tú.

La carta a D. Juan Valera sobre la *Antoniana Margarita* se iba demorando mucho. Laverde insiste constantemente cerca de su amigo para que la publique cuanto antes, y para que siga escribiendo sobre la cultura española, instándole a hablar sobre los jesuítas Gabriel Vázquez y Rodrigo de Arriaga. No escribió Menéndez y Pelayo con mucha extensión sobre estos dos filósofos españoles, cuyas obras no debió de estudiar con detención; pero sí se refiere a ellos en varios lugares, tanto de *La Ciencia Española* como de otros libros. El 25 de enero de 1878, decía Laverde desde Santiago:

»Aguardo con impaciencia el próximo n.º de la *Revista de* »*España* por ver si trae tu estudio sobre la *Antoniana*. Puesto que »aceptan la idea de hacer una tirada aparte, supongo que no ten»drán inconveniente en efectuar lo mismo con tus ulteriores escri»tos de igual género, los cuales, poniéndoles *numeración correla»tiva*, formarán un libro interesantísimo. Hazlo así.

»Uno de los asuntos para tus cartas a Valera podría ser *Ga»briel Vázquez*, tomando pie para hablar de él de lo que de Pou »y Ordinas ha escrito en una de las hojas adjuntas, y ampliando »en vista de sus obras, lo que de nuestro famoso jesuita dice »Forner en su *Preservativo contra el ateísmo*.

»Apropósito de filósofos jesuitas, el P. Santiago me ha dicho »que había visto una hermosa edición, hecha en Alemania, de la »Filosofía de Rodrigo de Arriaga, pensador muy independiente »que ni a Santo Tomás, ni a Suárez respetaba.

»Mi intención al poner la nota sobre la cita de Leibnitz por »Pou, fué que sirviera de apéndice en la 2.ª edición de las *Polé»micas;* pero si, en vez de una nota, escribes una carta, será »mejor.»

Salió por fin en *La Revista de España* la *carta al Sr. D. Juan Valera, de la Academia Española*, que Menéndez y Pelayo dedicó a la *«Antoniana Margarita» de Gómez Pereira*. De esta epístola, y de la urgencia de imprimir la segunda edición de *La Ciencia Española*, vuelve a hablar Laverde en carta firmada en Santiago el 21 de marzo de 1878:

»Ayer estuvo aquí Mercadillo, y hablamos de ti y de la nece-

»sidad que hay de que hagas 2.ª edición de *La Ciencia Española*, »pues él no había logrado un ejemplar, y, otro tanto, sin duda, »les pasará a otros muchos.

»El tercer fragmento de tu epístola *Gómez pereirina* ha salido »menos plagada de erratas, aunque todavía tiene algunas como »ciertas *especies inteligentes*, que por allí se escurrieron.»

Menéndez y Pelayo, tan constantemente instado por Laverde, se decidió en 1878 a publicar la segunda edición de *La Ciencia Española*. Así se ve por la carta que Laverde dirigió a su amigo, ya profesor de Literatura Española en la Universidad de Madrid, y que está fechada en Santiago el 29 de diciembre de 1878:

»Celebro que estés resuelto a hacer la 2.ª edición de *La »Ciencia Española* (este título debe ir en primer lugar, y a conti»nuación, entre paréntesis, *Indicaciones, proyectos*, etc.) En la »carta-prólogo se escapó un *Fernan en* lugar de Fermín Caba»llero. Aunque él no lo merezca, yo suavizaría algunas expre»siones fuertes, como *impiedad*, etc., que aplicaste a Revilla. Al »cabo es hoy tu compañero, y el bien parecer lo pide. Será bien »dividir el libro en dos partes, constituyendo la 1.ª las cartas a »mi humilde persona dirigidas, y la 2.ª las que escribiste a A. »Pidal y a Valera (sobre la *Antoniana*). Por apéndice convendrá »poner los artículos que te dedicó Pidal, la carta de Azcárate y »mi contestación. En esta última salió una equivocación impor»tante que es preciso corregir. Donde digo *últimos reinados de »la dinastía Austriaca* debe decir *últimos días*, para que mi aserto »guarde consonancia con el pasaje de Cánovas a continuación »transcrito. Al catálogo de monografías expositivo-críticas pue»des añadir las francesas y alemanas concernientes al Dr. Exi»mio, que cita Simonet en su discurso sobre Suárez que, corre»gido y ampliado, ha empezado a salir en el último número de »*La Ciencia cristiana*.»

Este mismo contenido que indica Laverde es el que incluyó Menéndez y Pelayo en la segunda edición de *La Ciencia Española*. Sólo dejó de publicar la carta de Azcárate a Laverde que vió la luz en el número 141 de la *Revista Europea*, correspondiente al 5 de noviembre de 1876.

Complacidísimo de que estuviera en prensa la segunda edición de *La Ciencia Española*, Laverde decía a Menéndez y Pelayo el 8 de febrero de 1879, en carta escrita en Santiago de Compostela:

»Mucho celebro que os deis prisa a reimprimir *La Ciencia Es-*
»*pañola*. Hallo muy acertado que sea en 4.° Si no tienes a mano
»la carta de Azcárate y mi réplica, (que juzgo necesario poner por
»vía de apéndice) dímelo y te las mandaré. Pero supongo que
»Navarro no estará sin los números de la *Revista Europea* en que
»aparecieron.»

La impaciencia de Laverde por ver en el mercado la nueva edición del libro consabido, era grande. Así lo da a conocer la carta que escribió a Menéndez y Pelayo, desde Santiago de Galicia, el 25 de marzo de 1879. En ella le proporciona datos para aumentar el caudal bibliográfico del libro:

»Nada me dices del estado en que se halla la impresión de
»*La Ciencia Española*. Supongo que tendrás noticia de la mo-
»nografía sobre el P. las Casas, recientemente dada a luz por D.
»Carlos Gutiérrez, con un prólogo de Castelar. En el catálogo
»de monografías deberá entrar, en mi concepto, la historia de las
»controversias de *Auxiliis* del P. Meyer, jesuita, puesto que fueron
»españoles los principales mantenedores de aquella contienda
»teológica. Es un tomo en folio. Ha de ofrecer sumo interés
»para la historia de la Ciencia española. No dejará de haberla
»en esas bibliotecas. De ella darán razón, sin duda, los biblió-
»grafos jesuíticos.»

Como quiera, a fines de 1879[1] salió de la imprenta central a cargo de Víctor Sáiz, de Madrid, la segunda edición de *La Ciencia Española*.[2] Pero la desgracia hizo que no llegara a manos de Laverde el ejemplar que le remitió Menéndez. Así lo dice aquél en carta escrita en Santiago el 3 de febrero de 1880:

»Recibí hace tres días tu grata y deseada carta de 28 de enero
»cuya tardanza ya me inspiraba cuidado, temiendo que los fríos
»excepcionales del presente invierno te hubiesen postrado en
»cama; pero el ejemplar, que en ella me anunciabas, de la 2.ª
»edición de *La Ciencia Española*, no ha llegado a mis manos,
»burlando el ansia que tenía de leerla. Sin duda le echó el guante

(1) La cubierta, no obstante, lleva la fecha de 1880.

(2) La portada de esta edición es como sigue: «La | Ciencia Española | Polémicas, indicaciones y proyectos | por el doctor | D. Marcelino Menéndez y Pelayo | Catedrático de Literatura Española | en la Universidad de Madrid | con un prólogo de | D. Gumersindo Laverde Ruiz | Catedrático de la Universidad de Santiago. | Segunda edición corregida y aumentada. | Madrid | Imprenta central a cargo de Víctor Sáiz | Calle de la Colegiata, núm. 6 | 1879.»

»algún empleado de correos. Para evitar semejantes percances, »se me ocurre que vayas al correo central y de mi parte pregun- »tes por el señor Compañel, muy amigo mío y muy amable, y le »entregues los libros que quieras mandarme convenientemente »empaquetados y franqueados.»

En cuanto Laverde vió la segunda edición de *La Ciencia Española*, escribió a Menéndez y Pelayo mandándole una fe de erratas esmeradísima; llamándole la atención sobre algunas contradicciones que hallaba en el libro, y, sobre todo, haciéndole indicaciones curiosísimas acerca del valor del tomismo dentro de la misma filosofía ortodoxa y católica. Es esta carta, fechada en Santiago el 20 de febrero de 1880, una de las más interesantes de este valiosísimo epistolario:

»Marcelino carísimo: en efecto, pocos días después de escrita »mi anterior, recibí el ejemplar de *La Ciencia Española*, cuyo pa- »pel e impresión me gustan. ¡Lástima que tenga tantas erratas! »Si tuviera a la mano otro ejemplar, te las corregiría detenida- »mente. Por ejemplo, a la pag.ª 389, líneas 1.ª y 2.ª, dice «saberse» »debiendo decir «haberse». He notado además dos inexactitudes, »que no puede en realidad llamarse erratas. Donde se habla del »P. Cuevas (pág. 70), refórmese así: «y esparcido innumerables »citas de libros españoles, principalmente suaristas, en sus *Philo- »sophiae rudimenta*, destinados, etc.» La reseña histórica de nues- »tra filosofía es solo un capítulo de esta obra. Pág. 460, líneas 4 »y 9, dice: «bajo los últimos reinados», diga: «en los últimos días». »Convendría que al pasaje de una carta donde concedes que Sa- »bunde no fué español, se le pusiese una nota rectificando esta »especie, para que no incurra en error alguno que no lea el ex- »celente art.º sobre la patria de dicho filósofo. Parece haber con- »tradición entre lo que en las páginas 4 y 5 dices del olvido en »que tenemos la filosofía española y lo que luego apuntas en las »páginas 89 y 70. También me parece advertirla entre lo que (pá- »gina 226) escribes negando que Vives enseñase el *innatismo*, y »lo que en la pág. 303 se lee, que acorta mucho las distancias que »separan a Vives de Foxo en orden a este punto. Tampoco con- »cuerda lo que en la pág. 219 dices de que los SS. PP. todos »fueron más o menos platónicos, con lo que de los mismos con- »signas en la 136. Sírvante estas indicaciones para la 3.ª edición

»que no creo lejana. Estoy enteramente conforme contigo en tu »última réplica a Pidal.. Contra las pretensiones de este se me »ocurren numerosos argumentos. ¿Quiere hacer a Sto. Tomás rey »*absoluto* de la Filosofía? Entonces habremos de tener por *dogmas* »*de fe* sus doctrinas. ¿No pretende tanto? Concédenos algunas »franquicias? Díganos, en tal caso, cuál es el límite de estas y »donde está la autoridad competente para fijarle. Yo no veo otra »que la de la Iglesia. Y ¿cuándo la Iglesia ha declarado que el »tomismo sea la única Filosofía cristiana? Mas si este fuere un »sistema cerrado, si entre sus varias doctrinas teológicas y filo»sóficas mediase la perfecta dependencia y solaridad que Pidal »supone, tendríamos derecho para reputarle erróneo en todas sus »partes, desde el momento en que fué definido el dogma de la »Inmaculada Concepción: porque ¿cómo podrían ser ciertos los »principios de los cuales se dedujese lo contrario a este dogma? »Y los tomistas lo deducían. Lo de que no basta que la filosofía »respete los dogmas *quoad substantiam*, si no que es preciso que »el principio cristiano palpite en el fondo de aquella y de todas »sus derivaciones, haría de la filosofía, no el *preámbulo*, si no la »consecuencia de la Teología. Entonces no sería la filosofía el »conocimiento de los primeros principios *sola rationis duce*, como »quiere Prisco, el tomista Prisco; a la razón precedería la autori»dad, esta sería el *guía* principal. La autoridad de la Iglesia, si »no me engaño, no *inicia* la Filosofía, sino que *a posteriori* la co»rrige, si llega a conclusiones opuestas a la fe. Lo contrario me »parece que solo cabe en el tradicionalismo. En lo que no con»cuerdo contigo es en la concesión que haces a Pidal tocante a »la Teología. Tampoco en esta es Rey absoluto Sto. Tomás. Vito»ria, con ser tomista y dominico, así lo enseñaba, según refiere »Cano *(De Locis)*. Y sobre todo, así lo prueba el hecho de que la »Iglesia no haya condenado muchas opiniones de Escoto, Suárez »y otros, opuestas a las del Dr. Angélico; antes bien ha elevado »a dogma alguna de ellas. Las opiniones de Escoto sobre que el »Verbo se habría encarnado, aunque Adan no prevaricara, y so»bre la Inmaculada Concepción, y las de Suárez sobre la *ciencia* »*media*, el *congruismo*, etc., son buena prueba de la no infalibili»dad de Sto. Tomás, aun en la Teología, dado que corren sin ta»cha entre los católicos. Y basta de Teologías.

» . . . . . .

»Muchísimo me gusta la carta relativa a Gomez Pereyra. Una »colección de ellas por el estilo sobre nuestros principales filó»sofos formaría un libro interensantísimo.»

A los frailes predicadores, adalides del tomismo por espíritu de orden, aparte de otras razones, no les agradaron los juicios que sobre este sistema expresaba Menéndez y Pelayo. Para refutarle aprovecharon la ocasión que presentaba la publicación de la carta encíclica de León XIII sobre la restauración de la filosofía tomista, *Aeterni Patris*, y publicaron en 1881, impreso en Oviedo, un *Ramillete dedicado a Santo Tomás de Aquino por los Padres del colegio de Corias*, siendo las partes del Ramillete que principalmente hacen al caso, el panegírico redactado por Fray Joaquín Fonseca, y, sobre todo, la nota 33 del mismo. El padre Fonseca sostenía que el atribuir a Juan Luis Vives y a los demás filósofos del Renacimiento la supremacía psicológica en contra de los escolásticos, es contrario a la verdad histórica, y constituye, además, una usurpación de los derechos que, exclusivamente, corresponden al Doctor Angélico.

Respondió Menéndez y Pelayo al P. Fonseca con un artículo intitulado *Contestación a un filósofo tomista;* replicó este en otro largo artículo, rotulado *Contestación de un tomista a un filósofo del Renacimiento;* y la polémica tomó calor extraordinario despertando vivísimo interés entre el público culto.

Laverde leyó los artículos del P. Fonseca, que alcanzaron bastante difusión, principalmente, porque fueron reproducidos, así como los de Menéndez y Pelayo, por *El Siglo Futuro* y *La Ciencia Cristiana*; y con gran dificultad, como denota la letra garrapatosa de la carta, escribió a su amigo el 30 de septiembre de 1882, desde Santiago, haciéndole varias indicaciones sobre el modo de llevar la polémica con el padre dominico del Convento de Corias:

»Acabo de leer la extensa réplica del P. Fonseca. Se queja »de tu virulencia; pero en vez de corregirte con el ejemplo es mil »veces más agresivo y mordaz. En lo relativo a la mística me »parece no del todo fuera de razón. En otras cosas interpreta »erradamente tus expresiones. Por ejemplo, en aquello de no

»creer sino las cosas que son *de fe*, suponiendo que tu sólo »reputas tales las expresamente definidas.

»Si le contestas, te aconsejo dos cosas: 1.ª Que evites toda »expresión dura e incisiva, pues la falta de serenidad perjudica »a los polemistas en el concepto de los autores, y 2.ª Que con»sultes tu réplica con algún jesuita docto, v. g., el P. Mir, a fin »de evitar cualquiera inexactitud en materias tan delicadas, a la »que podrían asirse tus detractores. También será laudable y »glorioso, y de buen ejemplo, que si en algo reconoces haberte »equivocado lo confieses ingenuamente para diferenciarte de los »protervos siglo futuristas.

» . . . . . .

»Dice el P. Fonseca tiene apuntados muchos *lapsus* de tus »obras. Pídele sus apuntes para tenerlos presentes cuando las »reimprimas.»

Menéndez y Pelayo contestó nuevamente al dominico defensor del tomismo, en la *Réplica al R. P. Fonseca*; y Laverde dió a su amigo el juicio que había formado de este último escrito, diciendo, en carta del 21 de octubre de 1882, desde Santiago de Compostela:

»He leído tu réplica al P. Fonseca, y aunque más áspera de »lo que yo quisiera me parece muy bien, como a otros de aquí. »Noto que te olvidaste en ella de hacer resaltar la enorme exa»geración de dicho Padre al decir que has estado diez años »mordiendo a Santo Tomás. La división que aquel hace de los »escritores místicos no me parece completa. A mi ver los hay de »tres clases: 1.ª Especulativos; 2.ª Los que enseñan el modo de »practicar la vida contemplativa, y 3.ª Los experimentales, o »séase los que cuentan sus propios pasos en el camino que lleva »a la unión con Dios (Sta. Teresa, Sn. Juan de la Cruz). Entre »los de la 2.ª clase descuella el P. la Puente, a quien pudiera el »dominico de Corias haber citado en apoyo a su sentir sobre el »influjo de Sto. Tomás en la literatura mística, pues sus *Medita»ciones espirituales* están empedradas de textos del doctor Angé»lico.

»El presbítero Villelga, en quien tienes un celosísimo apolo»gista, ha insertado en *El Lebredon* tu susodicha réplica, la epís»tola *Instaurare* y un artículo sobre los *Heterodoxos*. En el mismo

»periódico publiqué yo un suelto manifestando extrañeza porque »*La Ciencia Cristiana*, después de haber dado cabida al elogio »que de dicha epístola hizo el P. Mendive, venga haciendo suyas »las lucubraciones del P. Fonseca, y, lo que es más grave, titu»landolas *Defensa de la Filosofía cristiana* como si tu hubieses, »propugnado alguna filosofía heterodoxa, cuando toda la dife»rencia se reducía a una cuestión ideológica perfectamente libre. »Muy aficionado es Orti y Lara a estrechar los términos de la »ortodoxia. No sería malo que reclamases. Y por si acaso se »escandaliza de lo que dices de cómo los varios sistemas filosó»ficos van dejando su parte sana en la filosofía perenne y te »tilda de ecléctico, llamo tu atención hacia un pasaje de la *His»toria de la filosofía* de Fr. Zeferino, donde se dice exactamente »lo mismo.»

El 9 de noviembre de 1882, Laverde aconseja a Menéndez que haga un folleto con esta polémica; y, sobre todo, que se prevenga y defienda contra los que pudieran poner máculas en la ortodoxia del escritor santanderino:

»Me parece muy bien la idea de reimprimir en un folleto tu »polémica con el P. Fonseca. Si Ortí y Lara no toma cartas en el »asunto, puedes, y debes, en cuatro palabras preliminares, pro»testar contra el título de *Defensa de la Filosofía cristiana* con que »dicho señor encabeza los artículos del Dominico asturiano, y »hacerle comprender que la nota de heterodoxia que de ella se »desprende, no te alcanza a tí sólo, sino también a su colabora»dor el P. Mendive, y que debe ser más parco en eso de aumentar »el catálogo de nuestros dogmas.»

Por la carta que el 3 de agosto de 1886 dirigió Laverde a Menéndez y Pelayo, carta que, aunque va firmada por aquél, está escrita con letra ajena, porque los dolores y sufrimientos impedían escribir al pobre don Gumersindo, se ve que Menéndez había decidido preparar una tercera edición de *La Ciencia Española*.

»Mi muy querido Marcelino: veo con gusto por tu grata últi»ma que te ocupas en preparar la tercera edición de La Ciencia »Española, que con los nuevos aumentos y correcciones, adqui»rirá sumo interés.»

Por carta que Laverde dirigió a Menéndez el 2 de octubre de 1886, sabemos que ya éste le había expuesto su idea de formar

un *inventario bibliográfico de la Ciencia Española* para incluirle en la tercera edición de la obra de este título. Para tal inventario, Laverde da datos muy valiosos y ofrece otros. A la vez denota esta carta de Laverde, qué técnica sirvió para confeccionar el *inventario* susodicho.

»Mi muy querido Marcelino: feliz idea me parece la del *Inventario Bibliográfico* que vas a dar a luz en la nueva edición »de la *Ciencia Española*. Para el ramo de economistas te habrá »sido de gran socorro la *Biblioteca* de Colmeiro, donde hacen »honroso papel Campillo y el Marqués de Santa Cruz de Mar»cenado, precursores de Campomanes y Jovellanos. Otros dos »de mérito no vulgar ha tenido Asturias en este Siglo: Flórez »Estrada, cuya obra sirvió de texto en Bélgica, y Escudero (don »Bernardo), que murió hace pocos años ya muy anciano, dejan»do un libro de no escasa originalidad, prologueado por Azcá»rate. Tampoco son despreciables los gallegos La Yagra, Col»meiro y Díaz de Rábago, el canario Carballo de Vangüemert, »Carreras y González, Valle, Borrego...

»A principios de este siglo tenía España dos matemáticos de »gran talla: el gallego Rodríguez y el asturiano Pedrages, que »tomaron parte con sabios franceses en altas tareas científicas. »Parece que al presente están las Matemáticas en bastante auge »entre nosotros. Además de los tratados elementales de Odrio»zola, Cortazar, Vallín, Fernández Cardín, Moya, Picatoste, »Menéndez Pintado, Terrero (de Oviedo), García González (de »Lugo), etc., etc., se citan con elogio las monografías de Rey »Heredia, Eulogio Giménez, Vázquez Illá y un Teniente de Ca»rabineros cuyo nombre no tengo presente, pero que ha llamado »mucho la atención de los científicos. Un joven llamado Portilla, »que estudia para ingeniero de caminos y a quien le da por la »bibliografía matemática, me dijo que tenía registradas hasta »catorce Algebras de autores españoles contemporáneos. Si »quieres le diré que te comunique sus datos.

»Por no exponerme a gastar papel y tinta de balde con noti»cias que tu estarás harto de saber, no pongo aquí las que »tengo acerca de nuestra ciencia en este siglo. Lo mejor será »que me digas los nombres de los autores que tengas apuntados

»en cada rama del saber, y luego yo te indique aquellos, si algu-
»no hay, que advierta haberse escapado a tu diligencia.

»Deseo que en la carta-prólogo, en vez de *filosofía renaciente*,
»pongas *filosofía del renacimiento*, y atenúes algún tanto la cru-
»deza de la expresión de aquel pasaje donde hablo de *reducir a*
»*unidad armónica la filosofía española*, anteponiendo a esta ex-
»presión la de *elementos sanos de* u otra mejor que se te ocurra.»

Esta carta, escrita casi toda por la letra femenina de la persona que servía de amanuense a Laverde desde que la enfermedad le impidió manejar la pluma, está terminada por el mismo D. Gumersindo, quien al final puso esta nota que entristece:

«Perdona tantos borrones y compadéceme.»

En 1887 salieron al público los tres tomitos de la *Colección de escritores clásicos castellanos* que contienen la tercera edición de *La Ciencia Española.*[1]

Como apéndice I del t.° I de *La Ciencia Española*, reimprimió Menéndez el discurso que, sobre Fox Morcillo, leyó Laverde en la inauguración del curso académico de 1884 a 1885 en la Universidad de Santiago. Mucho gustó esto a D. Gumersindo. Así lo dice en carta de 3 de mayo de 1887, desde Santiago:

»Has hecho perfectamente en poner entre los apéndices de la
»*Ciencia Española* el discurso sobre Fox.»

El 24 de septiembre de 1887 no había recibido Laverde más que el tomo primero de la tercera edición de *La Ciencia Española.* Por esto decía a Menéndez desde Santiago y con la fecha susodicha en carta muy curiosa, porque contiene un juicio sobre aquella de sus obras que más estimaba:

»Mucho deseo ver el tomo II, y aun el III de *La Ciencia Espa-*
»*ñola.* Si no pareciese mal, gustaría de ver impreso como apéndi-
»ce a esta obra, mi artículo sobre *El Tradicionalismo en España,*
»porque el libro de mis *Ensayos* escasea mucho, y apenas con-
»tiene otro escrito digno de considerarse más que el mencionado.
»En caso de que te plazca esta idea, harás el favor de suprimir

(1) La portada de estos tomos dice: «La | Ciencia Española | (Polémicas, Proyectos y Bibliografía) | Por el Doctor | D. Marcelino Menéndez y Pelayo | Catedrático de Literatura Española | en la Universidad de Madrid, individuo de número de las | Reales Academias Españolas y de la Historia | Con un prólogo de | D. Gumersindo Laverde Ruiz | Catedrático de la Universidad de Santiago | Tercera edición, refundida y aumentada | Madrid | Imprenta de A. Pérez Dubrull | Flor Baja, núm. 22. 1887», el t.° I, igual fecha el II, y 1888 el III.

»la indicación que hago sobre la identidad del filósofo Pereira y »el sordomudista del mismo apellido.»

Nadie ignorará, ciertamente, que Menéndez y Pelayo complació a Laverde incluyendo el estudio sobre *El tradicionalismo* en el t.° III de la tercera edición de *La Ciencia Española*, como apéndice a dicho volumen.

En la polémica con el P. Fonseca trató Menéndez y Pelayo la cuestión de cómo se verifica el conocimiento humano, declarándose decido adversario de la teoría peripatético-escolástica del entendimiento agente y las especies inteligibles, y adicto fervoroso de la teoría del conocimiento directo, Laverde, queriendo que su amigo reforzara aún más los fundamentos de la opinión que había expuesto, le dice así en carta firmada en Santiago el 15 de octubre en 1887:

»Supongo que conocerás los tratados de filosofía de Beato y »el P. Cuevas. Uno y otro están de tu parte en la cuestión de las »especies inteligibles. Beato era católico rancio. Puedes citarlos »en contra del P. Fonseca, al reimprimir tu polémica con este »dominico.

. . . . . .

»Se me olvidaba decirte que recibí el tomo II de *La Ciencia »Española*, gustándome mucho las adiciones que hicistes en las »*perojinas*.

»Debo indicarte que Beato publicó dos obras de Filosofía, »siendo la principal, y escrita con más originalidad de pensa»miento, la más moderna, titulada *Elementos de Filosofía Espe»culativa*, un tomo en 4.° que comprende la Psicología y Ideología. »Creo que posteriormente publicó en Salamanca otro tomo de »Ontología y Teodicea.»

Después de todo esto, que escribió D.ª Josefa Garoyo, esposa de Laverde, este puso con gran dificultad, según denota la letra, una postdata autógrafa, diciendo:

»No holgaría un art° sobre las *especies inteligibles en la Filoso»fía española*.»

¡Qué lástima que Menéndez y Pelayo no recogiera la idea! ¡Hubiera sido tan interesante una historia del sistema aristotélico-Escolástico sobre el conocimiento en España!

Aceptado por Menéndez y Pelayo el deseo de Laverde de que

el estudio de éste sobre *el tradicionalismo en España* fuera como apéndice de *La Ciencia Española* en la tercera edición de este libro, el Profesor compostelano indica a su amigo cómo ha de reimprimir este trabajo. Al efecto, en carta del 2 de noviembre de 1887, dice así:

»No tengo ningún pliego suelto del *Tradicionalismo en Espa-*
»*ña*. Para enviártelo tendría que desglosarlo de los dos únicos
»ejemplares que conservo de mis *Ensayos* y que deseo legar a
»mis hijos, por más que al recorrerlos se me caiga el alma a los
»pies viendo *quantum est in eis inane*. Dicho artículo fué reim-
»preso en la *Revista de Madrid*, y no te será difícil hacerte con
»el número en que salió. Donde llamo a Hervás padre de la
»*Linguística* creo que estará mejor *Filologia comparada*. También
»deberá tacharse la indicación que hago sobre la identidad del
»filósofo Pereira y el sordomudista del mismo apellido, pues
»carece de todo fundamento. Corrige asimismo cualquiera otra
»cosa que te disuene.»

A esta tercera edición de *La Ciencia Española*, y singularmente a lo más saliente que contiene de nuevo, el *Inventario bibliográfico*, no debió de colaborar Laverde, ya en el ocaso de su vida, más que con algún dato suelto, como los siguientes. En carta fechada en Santiago el 12 de febrero de 1888, dice:

»Tomada de un periódico local, te remito la adjunta noticia
»viográfica [1] del ilustre matemático gallego Rodríguez, el cual,
»como verás, publicó en inglés unas observaciones sobre la
»medición del meridiano, merced a las cuales podrás dar cabida
»en tu *Indice bibliográfico* a varón tan señalado.»

Menéndez y Pelayo incluyó, en efecto, a D. José Rodríguez González en la parte del *Inventario bibliográfico* consagrado a las *Ciencias matemáticas puras y aplicadas*, dedicando un parrafito a hablar de los trabajos y manuscritos del matemático gallego[2].

En carta del 18 de marzo de 1888, escrita en Santiago, Laverde encarga a Menéndez que:

»Al reimprimir en el tercer tomo de *La Ciencia Española* mi
»artículo sobre el Tradicionalismo, no te olvides de tachar lo re-

(1) Téngase en cuenta que en esta época Laverde, imposibilitado de escribir, usaba amanuense, el cual, a veces, andaba flojillo de ortografía.

(2) Págs. 372 y 373 del tomo III de la tercera edición de *La Ciencia Española*.

»lativo al sordo-mudismo de Pereira, ni de hacer otra cualquiera »correccion que juzgues conveniente.»

Otro dato, poniéndole en pista adecuada para encontrar materiales para el *Inventario bibliográfico de la Ciencia Española*, da Laverde a Menéndez en carta del 14 de septiembre de 1888, desde Santiago:

»Crece en mí el deseo de ver el tercer tomo de *La Ciencia Es»pañola* al leer lo que me dices de tus investigaciones para per»feccionarla. De los ilustradores de las lenguas americanas trató »con bastante extensión en la *Revista Europea* un señor llamado, »si mal recuerdo, Sobrón. No te olvides de hacer en el artículo »sobre el *tradicionalismo en España* las correcciones que tiempo »ha te indiqué, sobre todo la supresión de lo que se dice del sor»domudista Pereira.»

El 24 de julio de 1888, en carta desde Otero de Rey, Laverde expresa a Menéndez y Pelayo la impaciencia que siente por ver concluída la tercera edición de *La Ciencia Española*:

»Nada me dices del tercer tomo de *La Ciencia Española*, que »extraño no esté ya impreso, teniéndolo como lo tienes, hace »ya tiempo, redactado.»

El 24 de marzo de 1889, escribe desde Santiago Laverde a Menéndez:

»Contesto a tu carta del 9 no tan pronto como pensaba, por »haber estado aguardando el libro[1] y el discurso[2] cuya remesa »me anunciabas, a fin de acusarte al propio tiempo el recibo; »pero dichas obras, no acaban de venir, pese a mi impaciencia »por leerlas.

« . . . . . .

»Como al principio te he dicho, todavía no recibí (sic) el ter»cer tomo de la *Ciencia Española* y el discurso sobre Francisco »de Vitoria, y en verdad que lo siento, pues creo que uno y otro »me proporcionarían algunos ratos de agradable solaz; que bien »los he menester en este invierno para mi tan crudo.»

Pudo Laverde satisfacer este deseo. En carta fechada en Santiago a 1 de abril de 1889, da el juicio que había formado del *Inventario* y propone algunas adiciones al mismo:

(1) El t° III de *La Ciencia Española*.
(2) Sobre Francisco de Vitoria.

»He recibido y leído el tomo III de *La Ciencia Española*, y me »parece perfectamente hecho el inventario bibliográfico, no sien»do muchas, a lo que alcanzo, las omisiones reparables. En otra »edición podrán subsanarse las que advirtamos. Yo he notado »algunas, que te indicaré por lo que valer pueda.

»El Cardenal D. Alvaro Cienfuegos, de quien Suárez Bárcena »hizo detenido estudio biográfico-bibliográfico en la *Revista de* »*Instrucción pública*, debe contarse entre los escritores teólogos de »principios del siglo pasado.

»De un autor de Física, apellidado, no se si Vázquez o Pérez, »habla el P. Feijóo en alguno de sus escritos.

»D. Simon Viegas, abogado de mucha nota, publicó en los »primeros años del presente siglo dos *Opúsculos;* de los cuales »el primero está ocupado por un largo discurso sobre lo que era »y debía ser la Lógica. Viegas no era escolástico ni sensualista; »creo que tenía algun parentesco doctrinal con Piquer y Ferner.

»Las Instituciones filosóficas del megicano Guevara, adicio»nadas en la edición matritense con la Etica de Jaquier, que »ocupa el tomo V, estuvieron muy en boga en nuestras escuelas »en tiempo de Fernando VII. Guevara era ecléctico decidido y, si »mal no recuerdo, partidario de las ideas innatas y de la plura»lidad de mundos habitados.

»Coincidía con él en esto último D. Clemente Pastor de la »Montaña, (seudónimo del Santo Prelado de Santander D. Rafael »Tomás Menéndez de Luarca, que falleció en 1819 [1]), autor de un »poema didáctico-teológico, cuyo extravagante título no recuerdo- »Era D. Clemente tan buen teólogo como mal poeta. Su obra »consta de 2 tomos [2].»

El entusiasmo de Laverde por *La Ciencia Española* fué tal que nunca le parecía que estaba suficientemente completo el libro. El 9 de agosto de 1889, y en carta fechada en Otero de Rey, hablaba de un cuarto tomo de la obra, que desgraciadamente no llegó a escribirse:

»Celebro que hayas elegido a *Luis Vives* por tema para tu »discurso inaugural, siendo lástima que la premura del tiempo

(1) Lo incluído en el paréntesis está escrito con letra diferente de la del resto de la carta.
(2) Esta última frase es autógrafa de Laverde.

»no te permita desarrollarle con toda la amplitud conveniente, »de suerte que formase una completa monografía, que podría »constituir el tomo 4.º de *La Ciencia Española* o bien uno de los »de la serie de Polígrafos.»

Como es bien sabido, Menéndez y Pelayo cambió de idea, y en el discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso de 1889 a 1890, en vez de disertar sobre Luis Vives lo hizo acerca de las *Vicisitudes de la Filosofía platónica en España.* Los apuntes y datos que D. Marcelino tenía acopiados para escribir sobre Vives se los facilitó a D. Adolfo Bonilla y San Martín, el cual los utilizó al redactar su soberbia monografía sobre el polígrafo valenciano.

Con posterioridad a la carta últimamente citada no hallo en el epistolario de Laverde ninguna otra indicación o noticia referente a *La Ciencia Española.*

De los datos que he recogido me parece que se puede concluir que la colaboración de Laverde en *La Ciencia Española* de Menéndez y Pelayo fué efectiva y muy importante. El modestísimo D. Gumersindo fué quien concibió, antes que D. Marcelino, la idea de escribir sobre este tema, sugeriéndosela a su amigo; quien trazó el esquema detallado de varias de las epístolas que constituyen el libro; quien dio título a algunas de estas cartas e ideó parte del epígrafe general que lleva la obra; quien apuntó a Menéndez y Pelayo infinidad de datos y pormenores que el inmortal santanderino utilizó en estas polémicas; quien corrigió muchas de las cuartillas autógrafas del polígrafo montañés, y anotó cuidadosamente las erratas para que fueran enmendadas en ediciones posteriores..... Luego, aun prescindiendo del prólogo y de varios apéndices del libro, que son trabajos redactados y firmados por Laverde, bien se puede decir, sin menoscabo de la paternidad de Menéndez sobre el tratado, que no hubiera sido algo injusto y sin fundamento que hubieran firmado *La Ciencia Española*, como autores del libro, Menéndez y Pelayo y D. Gumersindo Laverde.

MARCIAL SOLANA.

Biblioteca de Menéndez y Pelayo, 22 de abril de 1931.

APÉNDICE

PRIMERA REDACCIÓN DEL PRÓLOGO DE «LA CIENCIA ESPAÑOLA»

«A guisa de prólogo.

»Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

»Mi muy querido amigo y paisano: pasan los años, marchítanse las ilusio»nes, las esperanzas terrenales se disipan, los desengaños aumentan, desfalle»cen a una cuerpo y espíritu, el círculo de la existencia se va cerrando; pero »el amor del país natal permanece vivo constantemente en mi corazón: ni el »tiempo, ni la ausencia, ni los trabajos y dolores le extinguen, antes bien, crece »con ellos de día en día, haciéndose cada vez más íntimo, activo y profundo. »Paréceme estar oyendo de continuo los ecos vagos y sodelosos de las distin»tas campiñas y de las apacibles tonadas a cuyo arrullo dormí el sueño de la »inocencia, cual si me llamaran a terminar esta vida de tribulaciones allá »donde empecé a correrla descuidado y risueño, entre juegos y risas, caricias »y flores. Sin porvenir ya en el mundo, en medio de mis angustias y melanco»lías, nada me apena tanto como la idea de exhalar el último suspiro fuera del »suelo bendito en que reposan las cenizas de mis abuelos y aun alientan mis »padres y hermanos muy amados. Cuan a menudo se me vienen a los labios, »con indecible emoción y humedecidos los ojos, aquellos tiernos versos de Lista:

»Dichoso quien nunca ha visto
»Más río que el de su patria
»Y duerme anciano a la sombra
»Do pequeñuelo jugaba!

»Poseído yo de tales sentimientos, sin dificultad formará V. idea de la in»mensa satisfacción y consuelo que experimento siempre que de esas tierras »cántabro-asturianas recibo señales de cariño, noticias de hechos que enaltez»can a sus hijos o testimonios de su prosperidad y cultura, tan elocuentes como

»las notabilísimas epístolas literarias que ha tenido la bondad de encabezar »con mi humilde nombre, poniendo a grande altura el suyo y el de nuestra »común patria. Sólo me entristece el motivo que le indujo a escribirlas, que »es ciertamente para afligir al más insensible el ver que, en el último tercio del »siglo XIX, cuando tanto ha avanzado en todas direcciones el genio de la inves»tigación histórica, aun se halle casi enteramente inexplorada la ciencia nacio»nal de los pasados tiempos, hasta el punto de que sugetos nada vulgares por »otros estilos no teman desconceptuarse negándola o menospreciándola con »singular uniformidad e insistencia y aun haya sido preciso desenterrar la »peñola apologética de Lampillas, Forner y Cabanillas, no ya contra mengua»dos escritores transpirenaicos de hace cien años, sino contra famosos literatos »y filósofos españoles del día presente. Comprendo bien cuan en lo vivo heri»rían a V. en su corazón de español y en su alma de erudito semejantes me»nosprecios y negaciones, y no extraño, por tanto, aunque tampoco aplauda ni »apadrine, el tono caústico y desenfadado con que a veces habla V. en esta »parte, de semejantes autores. ¿Qué buen hijo, y más en el hervor de la »juventud, si acaso tiene que volver por la honra de su madre, injusta y siste»máticamente denigrada, sabe contener su indignación, medir con filosófica »serenidad sus expresiones y respetar escrupulosamente al agresor, sobre todo »cuando la reputación de este es lo único que da alguna fuerza y autoridad a »sus palabras en la opinión del vulgo circunstante? Paciencia heróica habría »menester, y los Job son *rara avis*. Harto más duros e incisivos y de ordinario »sin tantas circunstancias que lo disculparan, han sido la mayor parte de los »polemistas antiguos y modernos. Al cabo V. solamente descarga su vis satíri»ca sobre flaquezas literarias, cuando ellos se entraban por la vida privada »de sus adversarios y hasta de sus defectos físicos hacían chacota, si ya »no es que apelasen, para hundirlos, a la difamación y la calumnia, (aquí se »servirá V. injertar un recuerdo de las principales guerras literarias, sin olvi»dar las del P. Feijóo)... Permítame V. con todo aconsejarle que en lo sucesivo, »llegado el caso de habérselas de nuevo con los empedernidos sectarios de Mr. »Masson, imite cuanto pueda al santo patriarca idumeo, por más que ellos »disten mucho de darle ejemplo. De esta suerte no les dejará para encubrir »su fuga el tradicional recurso de exclamar: «esos *neos* (por lo visto vuelve a »estar de moda la palabrilla) siempre los mismos! ¡Siempre acres y mordaces!» »Y privados de esta puerta falsa ¿por dónde se escaparían? Pero bien mirado »todo, no tenemos por qué lamentarnos de su conducta. *Oportet hereses esse.* »Si ellos no hubiesen caído en la tentación de reproducir las añejas ocurrencias »del vapuleado colaborador de la *Enciclopedia*, habríale faltado a V. ocasión »para enriquecer la literatura española con sus preciosas *Cartas*, en que »tan brillantes muestras da de estar cortado por el patrón de los Nebri»jas, Vives y Brocenses. El caudal de noticias y de doctrinas, la madurez y »penetración de juicio, la habilidad polémica, el orden amplio y desembarazado »y la soltura y abundancia de estilo que V. ostenta en ellas, honrarían a cual»quier literato encanecido; pero en un joven de 20 años, son en verdad, mara»villosos. Y el asombro sube de punto al considerar que esas *Cartas* han sido

»improvisadas *ex abundiata cordis*, sin desatender otras tareas literarias, »entre ellas algunas de mucho mayor empeño, Ahí están, para no dejarme por »hiperbólico, los *Estudios poéticos*, donde en breve conocerá el público la »dichosa maestría con que, émulo de los Burgos y Castillo y Ayenza, interpreta »en verso castellano las inspiraciones de la Musa griego-latina, italiana y por»tuguesa, francesa e inglesa; los *Estudios clásicos*, de que es un fragmento el »bello discurso sobre *La Novela de estre los latinos* por V. leído al recibir la »investidura de Dr. en Filosofía y Letras; los *Estudios críticos sobre escritores* »*montañeses*, cuyo primer tomo relativo a *Trueba y Cosío*, recientemente dado »a la estampa, puede citarse como modelo de este linaje de monografías; la »*Biblioteca de traductores españoles*, riquísimo tesoro de erudicción biográfica »y bibliográfica, en su mayor parte con infatigable aplicación y diligencia re»unida y ordenada; la historia de *La Estética en España*, en, (sic) por decirlo »así, saca de bajo de tierra una de las corrientes más fecundas y copiosas de »la ciencia patria; y finalmente, la de *Los Heterodoxos españoles*, cuya intro»ducción, que ahora sale a luz anticipadamente y a manera de *specimen*, ma»nifiesta bastante la magnitud e importancia de la empresa y el talento y saber »con que de fijo será llevada a cabo. Muy ópimos frutos prometía para el »porvenir el aprovechamiento con que V. hizo los estudios de 2.ª enseñanza y »de Filosofía y Letras, ganando multitud de premios, incluso los extraordina»rios de la licenciatura y el doctorado; la cosecha lleva trazas de exceder a las »más galanas esperanzas... Niéguenle su admiración con afectada superioridad »la ruin envidia y la vanidosa pedantería; yo no se reprimirla, ni quiero dis»culparla; hallo en abandonarme a ella especial fruición, mezclada de noble y »legítimo orgullo. ¡Que mucho si me cabe parte en la gloria de V. no menos »que por conterráneo porque identificado a V. en ideas, sentimientos y aficio»nes, puedo repetir, *mutatis mutandis*, lo que de Meléndez cantó Cadahlso:

»..... siendo testigo
»Di tu fortuna que tendré por mía;
»Diré: «yo fuí su amigo,
»Y por tal me tenía,
»Y en dulcísimos versos lo decía!

»Ingrato, amen de injusto, sería yo si de distinta manera procediese con »quien, como V., tan señalada honra me dispensa, reuniendo mi oscuro nom»bre al suyo llamado a brillar entre los más exclarecidos. Pero no sólo en este »concepto, si se quiere egoista, le soy a V. deudor de entrañable agradecimiento: »déboselo también como ciudadano, aunque plebeyo, como español y como »católico, pues en la cruzada que con tan hidalgos bríos ha emprendido, se »interesan juntamente las ciencias, el patriotismo y la fé religiosa.»

* * *

Ha merecido V. bien de la ciencia poniendo en claro la verdad de los hechos y sus causas, sacando de la oscuridad nombres de remebranza, y loa, llamando la atención de los estudiosos sobre libros poco conocidos, que encierran alta, sana y copiosa enseñanza, mostrando relaciones, de que nadie se

percataba, entre pensadores y sistemas, determinando la genealogía, índole e influencia de ciertas escuelas, como la *vivista*, hasta hoy olvidada, con ser no más que derivaciones de ella—defectuosas por lo que tienen de parciales y exclusivas—el baconismo, el cartesianismo y el prudogismo escocés, y allegando así nuevos y preciosos materiales para la historia de la filosofía moderna que puede y debe rehacerse, a fin de que resulte dotada de la conveniente integridad, partiendo de Vives, centro del movimiento intelectual de Europa en la era del renacimiento y progenitor de casi todas las principales doctrinas desarrolladas antes de la Kantiana. Ningún escritor razonable ha puesto nunca en tela de juicio, la existencia del *lulismo* y del *suarismo:* la del *vivismo*, era más controvertida; yo me atreví a afirmarla años ha; V. la demuestra con pruebas irrefragables; y evidencia, además, sus largas y profundas ramificaciones en el vasto campo de la cultura europea; ceguedad se necesita ciertamente para negarla y más aún para confundir la obra de nuestro insigne polígrafo con las tentativas de varios italianos y franceses del siglo XVI que nada estable fundaron, ni fijaron los principios del método, ni enviaron influencia notable en las filosofías posteriores, limitándose, por lo común, ya a combatir al Estagirita con más audacia que genio en exposición de Barthelemy Saint Hilaire, y a seguir las huellas de este o el otro sabio antiguo, cual vemos en Giordano Bruno que amalgamó el *Ars magna* de Raymundo Lulio con el neoplatonismo alejandrino. De advertir es, por otra, como V. lo hace oportunamente, que la publicación de los veinte libros *De Disciplinis*, monumento grandioso, que la ciencia ibérica precedió a casi todos los ensayos de Ramus, Nizzoli, Patrizi, Pomponazzi, Vanini, Telesio, Campanella, etc., los cuales en general se aprovecharon harto poco de las semillas esparcidas a manos llenas por el filosofillo valenciano. Qué importa que algunos de ellos reconocieran el poder de la razón y de la conciencia, si luego no acertaban a emanciparse del *espíritu de sistema* ni procedían conforme a aquel principio con sentido ecléctivo como Vives o armónico como Foxo Morcillo? o si acaso volvían la espalda a los ídolos de la escuela, extraviábanse en cambio, miserablemente faltos de brújula y timón para navegar por los mares del pensamiento? Algo más hicieron Telesio y Campanella sin duda alguna; nótese empero que las ideas del profesor napolitano y las del fraile calabrés, eran, en lo esencial, *vivismo* puro, si bien incompleto o torcidamente explicado, exactamente lo mismo que las de Bacon, Descartes y el P. Buffier, precursor de Reid, Dugald Strew y Hamilton.

Cuando españoles doctos desconocen tales verdades no es maravilla que los extrangeros las olviden. Así no extraño que Emilio Saisset, en su obrita sobre *Los Precursores de Descartes*, haga caso omiso de Vives y de los demás compatriotas nuestros: Foxo, Vallés, Henao, Rivadeneyra, D.ª Oliva Sabuco, Gómez Pereyra, etc. De cuyos libros sacó el filósofo de la Haye la duda metódica, el entimesmo famoso, la doctrina del pensamiento y la extensión como constitutivos esenciales del espíritu y la materia respectivamente, la localización del alma en la glándula pineal, el macanismo, el automatismo de las bestias, etc., ni tampoco que Mr. Loeque, al dilucidar recientemente en la *Revue des deux mondes* este último punto (hoy importante por lo que se relaciona

con la psicología comparada, nada diga de la *Antoniana Margarita*, ni de sus impugnadores, a pesar de que ya en el siglo XVII el célebre Huet, obispo de Avranches, había señalado la identidad de esa y otras sentencias cartesianas con las del arrojado médico de Medina del Campo.

Mas no fueron el *vivismo* y los *precedentes del cartesianismo* las únicas manifestaciones de la actividad intelectual de España que trascendieron al resto de Europa. El suarismo se dilató con los jesuitas por cuanto el sol abarca; nuestros teólogos fueron los oráculos del concilio de Trento y de los principales centros científicos del continente, alcanzando superior concepto aun entre los protestantes; las obras de nuestros místicos lograron universal aplauso en toda la cristiandad, abriendo el paso a San Francisco de Sales, Bosuet, Fenelon, etc.; en las de nuestros escritores filosófico-jurídicos bebieron Grocio y los demás cultivadores del derecho natural y de gentes, lo más puro, selecto y sólido de sus teorías; las de Huarte, Pujasol y Bonet algo significan en la historia de la Frenología y en la Pedagogía; las de los escritores médicos tuvieron gracia más allá de nuestras fronteras: ¿que más? hasta de nuestros físicos y naturalistas, en tan baja estima tenidos, recibió el humano saber no despreciables aumentos.

Pero aun cuando hechos tan palmarios no existieran, dos consideraciones generales bastarían para patentizar la sinrazón y ligereza con que se niega la influencia de la ciencia española en el desarrollo general del pensamiento europeo, calculando, sin duda, lo pasado por lo presente. Hoy es verdad, la ciencia española halla poco paso entre los extrangeros. Para qué han de venir a buscar pálidas y desfiguradas reproducciones de su saber y enseñanzas? Tenemos hoy pensamiento propio? Esto hemos adelantado con el insensato empeño de destruir la tradición antigua, esto han conseguido los señores filósofos *abiertos a todo viento de doctrina.* Fuera de las obras de unos cuantos, *neos* y oscurantistas casi todos, como Balmes, Donoso Cortes, Fr. Zeferino Gonz., Caminero... qué libros de ciencia española han salvado los Pirineos? No sucedía así en el siglo XVI y aun en el decadente XVII. Entonces se traducían y se reimprimían y leían con avidez fuera de España las producciones de Fr. Antonio de Guevara, paisano nuestro muy ilustre, las de Granada, Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián y otros muchos, escritas originalmente en *castellano,* a tal punto que una bibliografía de sus versiones sería inmensa y gloriosísima. Pues si tanta circulación obtenían en las naciones extrañas libros no todos de primera marca, compuestos en nuestro vulgar idioma, ¿qué no aconteceria con los escritos en *latín,* cuando esta era la lengua común de los sabios en el orbe cristiano? Dejarían de infiltrarse y germinar en el espíritu de su época y contribuir a sus progresos las doctrinas, las ideas nuevas, los descubrimientos en ellos contenidos? A cuya consideración se ofrece otra de no menos peso: Multitud de sabios españoles ejercían el profesorado en las principales universidades de Europa (aquí vendría bien una enumeración muy elocuente de estos, que trae D. Patricio de Azcárate al principio del tercer tomo de la *Exposición de los sistemas filosóficos modernos,* que no tengo a mano). De sus

abios descendía nuestra ciencia sobre innumerables alumnos. ¿Cabe en lo posible que estos nada recibiesen de ella?

Y ante un cúmulo tal pruebas directas e indirectas; aun hay críticos españoles que persistan en asegurar que la *historia de la ciencia puede escribirse sin contar nada con España*, que Ramus y Rabelais (?) significan más en ella que todos nuestros antepasados, y, ¡para defenderlo se empeñan, etc.! Precisamente lo contrario es lo cierto. La Historia de los progresos del entendimiento humano estará manca mientras no comprenda la parte que en ellos cupo a España, siendo, por tanto, evidentísimo y muy señalado el servicio que presta a la ciencia con sus esfuerzos por acabar con la ignorancia y las preocupaciones en esto. (1)

---

(1) Como se ve, todos estos últimos párrafos de Laverde están sin terminar. Por eso hay en ellos incorrecciones propias de lo que sólo son notas provisionales.